

ANTXUSTEGI IGARTUA, Esteban: *El debate nacionalista. Sabino Arana y sus herederos*, Universidad de Murcia, 2007, 328 pp.

La presente obra de Esteban Antxustegi es la traducción al castellano de su libro titulado *Abertzaletasunaren Auzia: Independentzia ala Autonomia (Sabino Arana era bere oinordekoak)*, publicado por la Fundación Sabino Arana en 1997. El autor nos propone en esta obra un recorrido por los postulados del nacionalismo vasco desde la creación, en 1894, del Euskeldun Batzokija por Sabino Arana hasta la Dictadura de Primo de Rivera. El autor presta especial atención a los debates que se produjeron dentro del mundo nacionalista a partir de la «evolución españolista» de Arana hasta la época de la escisión entre la Comunidad Nacionalista Vasca y el Partido Nacionalista Vasco. Para explicar estos debates, el profesor Antxustegi se fija, sobre todo, en el papel desempeñado por algunos de los principales líderes nacionalistas, como Luís Elizalde, Eduardo Landeta, Ángel Zabala o Elías Gallastegi.

En cuanto a las fuentes utilizadas, destaca la consulta de obras contemporáneas y la abundante y exhaustiva revisión de fuentes hemerográficas, aunque quizá se eche de menos que en la presente edición en castellano no se hayan incluido algunos de los últimos estudios sobre el nacionalismo vasco que se han publicado desde la edición de la original versión en euskera, como por ejemplo el de José Luís de la Granja *El siglo de Euskadi: el nacionalismo vasco en la España del siglo xx* publicado en 2003 por la editorial Tecnos.

La estructura de la obra sigue un orden cronológico, comenzando el análisis por los orígenes del pensamiento de Sabino Arana y terminándolo en la época de la antes citada escisión del nacionalismo. Esta dividida en ocho apartados que corresponden a otros tantos estadios de evolución de la doctrina nacionalista vasca.

Los dos primeros capítulos están dedicados a analizar los principales puntos del pensamiento sabiniano en contraposición con los ideales carlistas y católicos, las fuentes fundamentales de las que bebió Arana. Tanto éste como los carlistas

destacaban por su antiliberalismo y en su elogio de los regímenes forales vascos, pero mientras que estos últimos eran defensores del Rey, Arana no aceptaba la ascendencia del monarca y manifestaba que eran los vascos los que tenían la última palabra sobre su vinculación a España. Además, Arana hacía uso del argumento de la raza y de la lengua como arma de diferenciación y de barrera frente a lo español. En el segundo capítulo se observa cómo en el imaginario nacionalista ideología y religión se confunden en vocabulario, ritos, símbolos, etc. para defender a lo vasco —lo moral, lo que lleva a la salvación del alma— de lo español —la perversión, la contaminación—.

En los capítulos tercero, cuarto y quinto, el autor nos lleva a analizar la evolución del pensamiento de Sabino Arana. En el primero de estos capítulos vuelve a repasar el ideario Sabiniano con motivo de la fundación del Euskeldun Batzokija, el embrión del Partido Nacionalista Vasco, que no se fundaría hasta 1895. En el segundo se analiza la influencia que tuvo la sociedad Euskalerría en el nacionalismo, en el sentido que incorporó al nacionalismo un matiz liberal y le abrió la puerta hacia una vía posibilista. Arana sufre en esta misma época una evolución «españolista» en su pensamiento, pasando de defender la independencia a entender la pluralidad vasca y reclamar el autogobierno de Euskadi dentro del Estado español. El tercer capítulo de este bloque va dirigido al estudio del nuevo camino que Arana proyectó para el nacionalismo entre 1902 y 1903. Un proyecto cuyas bases eran la defensa de la autonomía administrativa y la obtención de las mayores cotas de autogobierno posible dentro de España, renunciando a todo lo que había sido el nacionalismo vasco hasta ese momento. Se trataba de constituir un nuevo partido adecuado al marco español, reconociendo la legalidad vigente y superando el clima conflictivo del restablecimiento foral.

El sexto capítulo del libro, que el autor nos avisa desde un principio que es el más importante, estudia la relación existente entre los postulados ideológicos del nacionalismo y su práctica política, analizando las posibilidades de subsistencia del nacionalismo en el contexto de la Restauración y la política de las primeras dos décadas del siglo xx. El Partido Nacionalista Vasco dejó de lado el horizonte de la independencia centrándose en el objetivo de suprimir la ley de 1839, imponiéndose así la postura pragmática frente a la ortodoxa, cambio al que le acompañaron los éxitos electorales. A partir de 1913 el partido se empezó a denominar *Comunión Nacionalista Vasca*, con el objeto de alejar aún más todo radicalismo político. Las diferencias entre pragmáticos y ortodoxos se hicieron aún más grandes con la intervención de los jóvenes del Eusko Gaztedi Batza y de personalidades como Gallastegi o Eguileor, que reclamaban el cambio del programa del partido y la vuelta al separatismo. Todas esas diferencias culminaron con la expulsión de los ortodoxos de la formación y la refundación que estos llevaron a cabo del Partido Nacionalista Vasco desde presupuestos separatistas.

Los dos últimos capítulos los dedica el autor al análisis del pensamiento de dos dirigentes del lado posibilista del nacionalismo de las dos primeras décadas

del siglo xx, Luis Elizalde y Eduardo Landeta. Tanto Elizalde como Landeta consideraban que la ortodoxia, el puritanismo en cuanto a la doctrina sabiniana, conducían a la esterilidad y a la imposibilidad de toda acción, y que la construcción de una nacionalidad debería ser compartida por todos sus habitantes y no desde una única interpretación. El autor conoce bien el pensamiento de Elizalde, pues ha escrito dos libros acerca de este personaje, mas peca en algún momento de posicionarse demasiado a favor de este lado del nacionalismo, el más renovador y autonomista, lo cual redundando en el resultado final del libro.

En definitiva, la edición en castellano de este libro viene a convertirse en una fuente muy útil para conocer el lado posibilista y pragmático del Partido Nacionalista Vasco en las dos primeras décadas del siglo pasado, aunque no para conocer el lado ortodoxo del mismo, que queda un tanto arrinconado en el desarrollo del estudio.

*Jon Penche González*

AIZPURU MURUA, Mikel: *Barakaldo: Historia del siglo xx. I. (1900-1937). Auge de una ciudad industrial de la margen izquierda*, Librería San Antonio, Barakaldo, 2006.

La primera versión de esta obra formaba parte de un trabajo más amplio, realizado en colaboración con otros dos autores, Pedro Pérez Castroviejo y Jesús María Valdalisio, titulado *Expansión, desarrollo y crisis de Barakaldo durante el siglo xx (1914-1979)*; un trabajo que se inscribía dentro del proyecto titulado *Barakaldo, Historia local y cultura popular*, dirigido por José Ignacio Homobono y financiado por el Ayuntamiento de Barakaldo. La desidia de las autoridades municipales encargadas de publicar aquella investigación, entregada en el año 1995, impidió que el trabajo viera la luz y el autor de este libro, que ahora se reseña, decidió retomar su aportación y preparar su publicación. A pesar de estas circunstancias, el texto final no se ha resentido en absoluto.

Lejos de los planteamientos localistas, nostálgicos, o costumbristas, este estudio sobre el Barakaldo del primer tercio del siglo xx constituye todo un ejemplo de investigación empírica y rigurosa. El trabajo de Mikel Aizpuru permite comprender, a través del estudio de una localidad tan emblemática como Barakaldo, los enormes cambios sociales que se produjeron en el País Vasco a partir de la primera industrialización. El autor ha escogido tres ejes fundamentales para su estudio: la historia política, el mundo del trabajo y el ámbito asociativo; tres argumentos que permiten un análisis profundo y muy matizado.

El trabajo arranca con la fusión de las tres empresas que dieron lugar entre 1901 y 1902 a la creación de AHV. A partir de entonces la anteiglesia de vizcaína

se transformó en toda una «ciudad industrial», con los rasgos específicos que caracterizaron a aquellas localidades inmersas en acelerados procesos de industrialización. Ciertamente, el Barakaldo antiguo había comenzado a cambiar desde mediados del siglo XIX, pero fue a principios del novecientos cuando empezó a adoptar los perfiles que la identificarían como uno de los núcleos más importantes del País Vasco Contemporáneo. La industria siderúrgica atrajo a decenas de miles de inmigrantes, dando lugar a un crecimiento demográfico sin precedentes que cambió para siempre la fisonomía y la estructura social de la zona. El proceso de proletarianización fue tan fulgurante como la segregación espacial que provocó el crecimiento incontrolado de la localidad.

En este contexto, el autor nos introduce dentro de un estudio sobre la sociabilidad, tanto formal como informal, que resulta especialmente atractivo. En el primero de los casos el autor define claramente los espacios y los tiempos en función del género, pero también de la clase. Las formas de relación social de hombres y mujeres aparecen perfectamente delimitadas dentro de un proceso de industrialización tan drástico y acelerado que cambió por completo las formas tradicionales de relación social. Como afirma el profesor Aizpuru, los protagonistas de esta nueva sociedad fueron básicamente los sectores populares y más en concreto, la clase trabajadora, si se nos permite el uso de un término tan políticamente incorrecto para los tiempos que corren. En este sentido, el autor plantea con acierto y rigor el desarrollo de una cultura popular estrechamente ligada al concepto de sociabilidad. Aborda la cuestión en una fase previa al estudio de la evolución política de la localidad, lo que permite ir dibujando, no sólo los escenarios o las formas de relación social, sino las funciones que cumplirá una determinada sociabilidad en un espacio sometido a unos cambios tan intensos como los que vivió Barakaldo a partir de principios del siglo XX. La irrupción de una sociedad industrial y urbana alteró por completo las viejas relaciones de la sociedad tradicional del ámbito rural, e incluso de aquellos núcleos donde existía una importante cultura artesanal. Los barrios y el origen geográfico de los habitantes constituyeron los dos elementos de referencia más importantes para los vecinos de la localidad fabril de la época. Ambos factores fueron determinantes en el desarrollo de la sociabilidad formal e informal.

La perspectiva de género permite visualizar y analizar los diferentes espacios y formas de relación social que dispusieron hombres y mujeres. Tabernas y cafés para ellos, ligados al ocio o a la política y lavaderos, fuentes y talleres de costura para ellas, estrechamente vinculados al trabajo doméstico. Pero el estudio también permite ahondar en la sociabilidad más formal, aquella articulada a partir de asociaciones, sindicatos y partidos que se movían dentro de una sociedad contemporánea. Los Círculos, los Batzokis o las Casas del Pueblo constituyeron algunos de los espacios más importantes en este sentido.

El Barakaldo de entonces vio surgir nuevas culturas políticas como la socialista o la nacionalista, que sin embargo, convivieron en el mismo espacio y

tiempo con las viejas culturas del siglo XIX, como la carlista. Aizpuru analiza los diferentes comportamientos sociales de las culturas políticas más poderosas de la localidad pero en su estudio no se limita a la sociabilidad ligada a los partidos y sindicatos. Las sociedades recreativas, deportivas y musicales tienen también un espacio importante. En este sentido hay que destacar la relevancia de los centros regionales o de las cooperativas. Este planteamiento tiene su lógica continuidad en el estudio de los movimientos sociales hasta la Guerra Civil, con una atención especial a la problemática que dio lugar al denominado *conflicto de los alquileres*, iniciado a partir de 1905.

La educación y la cultura también ocupan un lugar relevante en este trabajo. El estudio sobre la escuela y la escolarización de Barakaldo o la situación del euskera, la prensa, o el cine en esta localidad aporta una visión mucho más matizada de la realidad. En la localidad fabril convivieron formas de expresión y sensibilidades de diferentes signo, desde las más profunda religiosidad hasta las más furibundas manifestaciones anticlericales. El análisis de ambas culturas permite profundizar en el calado real que tuvieron en una sociedad como la baracaldesa de principios del siglo XX, sometida a un proceso de transformación sin precedentes. La llegada masiva de los inmigrantes, su proletarización y el éxito de las ideas izquierdistas socavaron las bases culturales y políticas de la vieja sociedad tradicional, donde la religión católica y el control de la iglesia tenían un peso predominante. Las fuentes estudiadas por Mikel Aizpuru ponen de relieve el calado de este enfrentamiento y el miedo de los clérigos de la zona, desconcertados por la influencia de unas costumbres y unas ideas que percibieron como un peligro inminente.

El tercer capítulo del libro está dedicado a la industria y la conflictividad laboral. El autor analiza los diferentes tipos de organizaciones laborales existentes en una localidad con una enorme concentración de trabajadores, donde el mutualismo y el sindicalismo constituyeron algunas de sus manifestaciones más importantes. El profesor Aizpuru, buen conocedor del tema, aborda la cuestión desde un planteamiento abierto que valora los diferentes tipos de conflictos laborales. La huelga constituyó la forma de protesta más patente, pero no la única dentro de un mundo complejo, donde las relaciones entre trabajadores y empresarios —e incluso entre los propios trabajadores— estuvieron sometidas a la influencia de otros factores.

La presencia de una empresa tan emblemática como AHV, con una fuerte carga paternalista, determinó la evolución de la organización del trabajo, y prácticamente la organización de la vida social de la localidad a través de una amplia red de servicios. Esta circunstancia, unida a los salarios más elevados de los trabajadores de AHV, determinó una situación de relativa paz social hasta los años de la Primera Guerra Mundial. Entre 1899 y 1911 la empresa no registró conflictos de importancia. A partir de esta última fecha la situación cambió. Los primeros momentos de la guerra contribuyeron a la crisis de la minería, los mineros

emigraron y sus organizaciones perdieron peso y capacidad de presión. Todo ello, incluida la coyuntura socioeconómica, jugó a favor de los metalúrgicos. Los beneficios de los Altos Hornos se incrementaron de forma considerable. Se instalaron nuevos hornos y se modernizó una parte importante del aparato productivo. La mano de obra creció de forma espectacular y reforzó el poder negociador de los trabajadores del sector, constituyendo en 1914 el Sindicato Metalúrgico. Su capacidad de movilización quedó patente a partir de 1916 y 1917, donde el sindicato socialista y la CNT encabezaron las protestas más importantes, incluida la Huelga General. El estudio analiza el desarrollo de la conflictividad laboral de aquellos años previos a la Guerra Civil, situando cada uno de los episodios dentro del contexto local, nacional e internacional, incluido el más grave de todo el periodo: el asesinato del gerente de AHV en enero de 1921 a manos, supuestamente, de extremistas de la CNT, un suceso que provocó una enorme represión donde fueron detenidos numerosos vecinos de Sestao y Barakaldo.

El cuarto capítulo se centra en la vida política y las elecciones. Bajo un esquema clásico analiza los diferentes el desarrollo de la vida política a los largo de los diferentes regímenes, desde la Restauración hasta la Guerra Civil y los primeros años de la posguerra. Se estudian las ideologías, el poder de los grupos de presión y las diversas fuerzas políticas presentes en la localidad (socialistas, comunistas, anarquistas, nacionalistas, monárquicos, dinásticos y carlistas). Las fuentes consultadas permiten constatar nuevamente la importancia que tuvo AHV en la articulación de la vida política, no sólo de la localidad, sino de toda la provincia. Del consejo de administración de la empresa salieron candidatos como el conservador maurista Fernando de Ybarra. Las coacciones de la dirección hacia sus obreros constituyeron un elemento de presión constante, aunque las manipulaciones y «puchezaros» no fueron exclusivos de los candidatos conservadores.

El golpe de Estado del general Primo de Rivera terminó con el quinquenio de crisis e incertidumbre en que vivía el país desde 1917. La creación de la Unión Patriótica y de la milicia ciudadana del Somatén trataron de imponer el modelo de la «nueva política» regeneracionista. Las sedes de los partidos políticos fueron clausuradas y el orden fue restablecido, sin embargo, en este sentido, el éxito de la dictadura fue tan solo parcial. La dimisión de Primo de Rivera en enero de 1930 dio paso al gobierno de Berenguer que anunció su intención de recuperar las instituciones constitucionales.

Aizpuru analiza las consecuencias que tuvo la proclamación de la II República en Barakaldo. Como ha analizado recientemente el historiador Antonio Canales, los resultados de junio de 1931 constataron dos hechos evidentes: el reforzamiento la de izquierda en una localidad eminentemente obrera y la incapacidad del PNV para concentrar el voto de la derecha y el nacionalista. La irrupción de una fuerza como ANV, que disputó al partido Jeltzale la hegemonía dentro de la familia nacionalista, revitalizó la vida política de Barakaldo, a pe-

sar de que el nuevo partido no se consolidó hasta 1932. En cualquier caso, como recuerda el autor del estudio, el PNV gozaba de una amplia red de asociaciones, que facilitó el asentamiento de su militancia. Este entramado permitió ampliar su capacidad de influencia hasta convertirse en un partido interclasista con una base muy similar a la de su competidor, ANV.

En el ámbito de la izquierda se nos recuerda como la apertura de la nueva Casa del Pueblo facilitó también la extensión de los socialistas en la localidad, mientras los republicanos, especialmente los radicales, fueron perdiendo poco a poco su influencia, fruto también de sus propias disensiones internas. Para los anarquistas de la CNT que llegaron a contar con 1200 afiliados fueron años de crecimiento, e incluso para los comunistas. No corrieron la misma suerte otros grupos como la derecha monárquica alfonsina que prácticamente desaparecieron de la localidad. Solo los carlistas «aguantaron el tirón» republicano gracias a la existencia de su Círculo y a la capacidad de integración de intereses de diversos grupos. Por lo demás, como afirma el autor del estudio, el grueso de la derecha vizcaína no nacionalista experimentó una progresiva concentración ideológica que pivotó sobre el antiliberalismo, el antimarxismo y el antiseparatismo como elementos aglutinadores.

Durante este periodo las relaciones entre las fuerzas políticas fueron especialmente tensas y violentas, salvo excepciones muy concretas. El enfrentamiento entre nacionalistas y los partidos de la izquierda alcanzó en la primavera de 1933 su momento más álgido, sobre todo a raíz de la huelga general convocada por SOV el 4 de mayo.

Las elecciones de 1933 estuvieron plagadas de incidentes en Barakaldo. La coalición republicano socialista mantuvo su primer puesto pero los nacionalistas consiguieron unos excelentes resultados que sirvieron para avalar su labor durante los últimos meses. La Revolución de Octubre de 1934 no alcanzó en Vizcaya la enorme trascendencia que adquirió en Asturias, pero los 40 muertos, los 1500 presos y los numerosos heridos, dan una buena muestra de la dureza de los enfrentamientos que se produjeron y de la represión posterior. En Barakaldo el apoyo a la huelga general por parte de los socialistas, los anarquistas y ANV garantizó un masivo seguimiento, aunque el día 12 de octubre ya se constató que el intento insurreccional había fracasado. Como recuerda al autor de la investigación las sedes de los partidos y sindicatos permanecieron clausuradas hasta mediados o finales de 1935. Para entonces, Manuel Azaña, futuro Presidente de la República había celebrado un gran mitin el 14 de julio en el campo de fútbol de Lasarre que fue aprovechado por toda la izquierda española para hacer una demostración de fuerza y reivindicar su «voluntad unánime de lucha contra el fascismo». En cualquier caso, la normalidad plena, si de ella se puede hablar en estos meses previos a la Guerra Civil, no se alcanzó hasta las elecciones de febrero de 1936, cuando el nuevo gobierno republicano surgido de las urnas decretó la amnistía a los penados y encausados por delitos políticos y sociales.

La sublevación militar de julio coincidió en Barakaldo con las fiestas patronales. El estudio nos describe como se desarrolló el proceso durante los primeros días y como se fueron formando los batallones de voluntarios de las diferentes formaciones políticas y sindicales. Algunos de los capítulos más polémicos, como el referido al mantenimiento de la infraestructura de AHV constituye aún uno de los objetos de controversia de nuestra reciente historia, aunque en este caso, Mikel Aizpuru no profundice excesivamente en el tema. El estudio muestra la dificultad para concretar el número de fallecidos del bando republicano, un problema que no existe, por razones obvias, para rastrear a las víctimas del bando franquista, cuyos nombres fueron recordados en diversas inscripciones y monumentos y sus restos enterrados en una cripta del cementerio de San Vicente. En cualquier caso, los esfuerzos del autor por profundizar en los mecanismos y las víctimas de la represión franquista a través de las fuentes disponibles, son estimables.

El trabajo concluye con un último capítulo de carácter institucional sobre la evolución del ayuntamiento de Barakaldo hasta la Guerra Civil. En este apartado el estudio analiza los resultados de las diferentes convocatorias electorales, fija la adscripción política de los elegidos y concreta el grado de vinculación de éstos últimos con determinados intereses económicos y sociales. Nuevamente la existencia de AHV se configura como uno de los factores determinantes dentro de la política local, hasta el punto de hablar de los «candidatos de la fábrica», en alusión a aquellos que se presentaban con el objetivo de defender únicamente los intereses de esta empresa.

El libro de Mikel Aizpuru es el resultado de un intenso trabajo de investigación, como se desprende del importante volumen documental que se ha consultado. Además de los archivos locales, territoriales y nacionales destaca la importancia de la prensa utilizada y la exhaustiva y actualizada bibliografía. Hay que destacar en este sentido el exhaustivo trabajo de realizado a partir de la consulta y análisis del Archivo Municipal de Barakaldo. Quizás las entrevistas orales tengan una menor presencia —al menos en esta primera parte— de la que hubiera sido deseable. El testimonio de los protagonistas, sobre todo para el periodo de los años treinta, sin duda hubiera aportado una percepción interesante sobre aspectos fundamentales para este trabajo, como la sociabilidad, el mundo laboral y sindical, la cultura política o el desarrollo de determinados procesos. También hubiera sido muy interesante la aportación de las actas de los consejos de administración de la empresa AHV, que sin duda, hubiera aportado una información muy relevante a un estudio de estas características. Por otro lado hubiera sido de agradecer una mayor incidencia en las diferencias que existían entre los diversos barrios que formaban Barakaldo, un tema que hubiera abierto aún más el ya de por sí sugerente apartado de la sociabilidad local.

Algunos aspectos formales, que probablemente no sean achacables al autor, pueden desmerecer la calidad del trabajo, como la falta de una mención específica

a las fuentes de los cuadros que ilustran el libro, o la escasa resolución de algunas imágenes. La modesta edición del libro quizás no lo ha permitido. Por otra parte, la introducción del trabajo presenta una investigación sobre todo el siglo XX, cuando en realidad lo que se ofrece finalmente en un desarrollo histórico que culmina en 1937, que esperamos, sea completado en una próxima entrega, como se intuye por el título.

En cualquier caso, la ambiciosa investigación tiene un calado y un empaque académico de gran altura. A pesar de ello, y el trabajo resultará también una lectura amena y de un gran interés para todos aquellos interesados por la historia de Barakaldo. A lo largo de estos cinco capítulos el estudio analiza las claves fundamentales para comprender la historia de esta localidad, situándola dentro de un contexto histórico que permite interpretar uno de los periodos más importantes de nuestra reciente historia, aquel que dio lugar a la industrialización, a la aparición de la sociedad de masas, a la prensa moderna y a los partidos políticos y sindicatos que canalizaron las aspiraciones de los nuevos ciudadanos.

Estamos ante un gran trabajo, al que solo deseamos que pueda tener una difusión a la altura de la calidad que atesora la investigación. En definitiva, el libro de Mikel Aizpuru constituye ya una referencia para el estudio, no sólo de la localidad fabril, sino de la construcción del País Vasco Contemporáneo.

*José Antonio Pérez Pérez*

SANMARTÍN BARROS, Israel: *Entre dos siglos. Globalización y pensamiento único*, Akal, Madrid, 2007, 334 pp.

Israel Sanmartín, miembro del Grupo de Investigaciones Historiográficas de la USC, explica en este bien documentado libro el enfrentamiento entre las dos tendencias de la globalización: liberal y altermundista. Las examina desde el punto de vista de la historia inmediata, analizando las luchas que hay entre los intelectuales de estas dos posturas, que no ofrecen otra posibilidad de pensamiento que el suyo propio. Trata de solucionar ambos radicalismos mostrando qué alternativas hay a los mismos y las posibilidades de diálogo que pueden tener entre ellos.

Sanmartín comienza explicando que, tras la caída del llamado socialismo real en 1989, tan sólo pareció quedar el neoliberalismo como corriente dominante dando lugar a una nueva globalización. Pero, posteriormente, los nuevos acontecimientos ocurridos permiten ver que la historia no ha llegado a su fin como afirmó F. Fukuyama, sino que se sigue construyendo día a día sin un fin prefijado.

Para entender bien la nueva situación, primero se aclara que la globalización económica no es tan global como se quiere dar a entender en los grandes medios de comunicación. En realidad es la hegemonía mundial de tres grandes zonas: Norteamérica, UE y el Pacífico asiático. Pero, además, la globalización económica esconde también una ideología que quiere simplificar el mundo para imponer más fácilmente su propio criterio neoliberal como el único posible. Otro detalle importante es que, aunque se intenta mostrar esta economía global como algo completamente nuevo, al final es muy parecida al sistema económico anterior. Por tanto, tiene también crisis y un crecimiento similar al de la vieja economía.

EEUU creció económicamente de forma espectacular tras la caída del Muro de Berlín, dando la sensación del triunfo del modelo neoliberal como el mejor y el único posible. Sin embargo, cuando a partir del año 2000 aparecieron síntomas de ralentización de la economía, se pudo apreciar que este modelo no era infalible y surgieron las protestas altermundistas que proponen otra forma de globalización alternativa. Este desencanto con la globalización neoliberal se debe en buena medida a que una de sus principales consecuencias es que la economía mundial dependa de las decisiones de grandes instituciones internacionales (como el FMI, BM, OMC, OCDE y el G8). Por tanto, no dependen de la democracia, sino de grandes empresas transnacionales que tan sólo atienden a sus propios intereses y no a los de la mayoría de la población mundial. Esto ha provocado una mayor explotación del Tercer Mundo y el crecimiento del denominado Cuarto Mundo dentro de los países desarrollados.

Tras 1989 se proclamó el triunfo del capitalismo, identificándolo como democracia liberal, el único modelo ideológico aceptable según los intelectuales neoconservadores después del fracaso del socialismo real. Aparece así una nueva economía «informativa» y global, basada en una red mundial de interacción. Pero la imposición de este modelo neoliberal tan sólo ha conseguido un aumento de las desigualdades sociales. Esto lo hace incapaz de conciliar la igualdad de la democracia con la libertad individual del liberalismo conservador. Otra muestra de que el modelo neoliberal no es tan perfecto como afirman sus defensores fue la desastrosa situación económica y social que su aplicación provocó en los países de Europa del Este.

Por su parte, durante los 90, los intelectuales socialistas de todo el mundo comenzaron a proponer diferentes modelos de izquierda alternativos al desaparecido socialismo real. Esto mostró que, más allá de la opinión neoconservadora de que el único modelo vigente era la democracia liberal, el socialismo no estaba acabado para siempre, sino que revivía con múltiples modelos que se proponían como alternativa al neoliberal. La máxima expresión de estas nuevas propuestas es el Foro Social Mundial, que se reúne anualmente como alternativa viva y real a la globalización neoliberal. Otro detalle importante es que no existe un único tipo de liberalismo, como tratan de vender los neocons, sino diferentes propuestas del

mismo. Igualmente pasa con el socialismo, por eso la desaparición del socialismo real no supone, como defienden los neoconservadores, también la desaparición de todo socialismo posible. Tan sólo significa el fin de uno de sus muchos modelos o formas de aplicación concreta, no el fin de la historia y el triunfo automático del neoliberalismo.

La sociedad actual es la sociedad de la información, cuyos protagonistas son la globalización y la altermundialización. La globalización no es sólo un fenómeno económico, sino también espacio-temporal. Así crea grandes sistemas, pero también afecta a lo local y a lo personal. En la nueva sociedad de la información la ideología de la comunicación ha sustituido a la del progreso, buscándose primordialmente una «comunicación total» en detrimento de cualquier otra necesidad. Esta sociedad de la información se apoya en las nuevas tecnologías, que se han generado en ella y modifican la vida de todos sus miembros para bien y para mal. Estos cambios afectan a los medios de comunicación, que por un lado se vuelven masivos y dependientes de los grandes poderes fácticos, pero por el otro también surgen medios alternativos (especialmente en la red) más críticos con la información oficial. Las nuevas tecnologías también han modificado las redes académicas internacionales, transformándolas y creando nuevas (como la red de Historia a Debate por ejemplo).

Todos estos cambios han consolidado la sociedad de la información o ciber-sociedad, producto de la unión entre la informática y las telecomunicaciones. Los elementos que la forman son el ciberespacio, la cibercultura y la realidad virtual. Todos ellos difíciles de controlar por los poderes internacionales y que, por tanto, favorecen la democratización y el acceso a la cultura.

Dentro de la globalización existe el fenómeno de la «glocalización»: la concentración de la riqueza, la tecnología y conocimientos en los barrios céntricos de unas pocas ciudades. Esto provoca la aparición de archipiélagos: islas, cada vez más numerosas, de pobres en las ciudades del Norte e islotes, cada vez más concentrados, de ricos en el Sur. Con la «glocalización» también aparecieron nuevos modelos de familia alternativos a la nuclear, gracias al derrumbe del patriarcado como único modelo aceptable. Esto también propició la aparición de la nueva juventud solidaria y protagonista del movimiento altermundista. La «glocalización» también se caracteriza por el multiculturalismo, que bien entendido debe ser la convivencia entre distintas culturas respetando las diferencias, pero atendiendo también a lo que tienen en común. Además está también el problema ecológico, que debe verse como un problema social más y no como un enfrentamiento del hombre contra la naturaleza (como si ésta fuera algo aparte de él). Con la «glocalización» también se ha impuesto el modelo neoliberal en el mundo académico, poniendo a las universidades y la ciencia al servicio del mercado, no al de la sociedad como antes.

Para conocer bien en que consiste el modelo neoliberal que se quiere imponer globalmente hoy día es preciso aclarar antes que no es lo mismo la nueva de-

recha que el neoconservadurismo. Este último es más sociológico que filosófico y se desarrolló en Alemania y EEUU, mientras que la nueva derecha es propia de Inglaterra. Pero ambas posturas se unieron a partir de los 70 para lograr el poder político. Claros ejemplos de esto fueron la política de Reagan en EEUU y Thatcher en Inglaterra. Aparte del caso excepcional de Nueva Zelanda y la *Nouvelle Droite* francesa (aunque esta es más un movimiento intelectual que político).

Frente a la postura neoliberal, tras la época Reagan-Thatcher, a mediados de los 90 apareció la llamada tercera vía, que buscaba un camino intermedio entre el neoliberalismo y el comunismo. En EEUU fue llevada a cabo exitosamente por Clinton, mientras que en Europa la socialdemocracia aplicó distintas versiones de la tercera vía en Inglaterra con Blair, en Alemania con Schröder y en Francia con Jospin. Se produjo así un nuevo momento progresista internacional que se mostró como una alternativa al modelo neoliberal. Este nuevo modelo se centro más en la práctica que en la ideología de la izquierda clásica, llegando incluso a aplicar algunos principios económicos de la derecha.

El termino neoconservadurismo, utilizado vulgarmente como sinónimo de neoliberalismo, hace referencia a una doctrina social y política propia de EEUU. Esta corriente se opone a casi todas las formas de socialismo (definiéndose por oposición a esta ideología) y defiende el capitalismo democrático liberal, que se basa en una economía de libre mercado como condición necesaria para conseguir una buena sociedad (al dar estabilidad social y política) y en un Estado enérgico que intervenga lo menos posible en la economía. Los neoconservadores también son nacionalistas, defendiendo la primacía del individuo, la familia y la religión tradicionales. Se trata de un grupo de intelectuales diverso, con orígenes tanto judíos como trotskistas. Pero su rasgo en común es su radical anticomunismo, presente en todos ellos desde sus orígenes en la década de los 40. El fundador de la ideología neoconservadora fue Leo Strauss, judío alemán que escapó a EEUU antes de la II Guerra Mundial. Era un filósofo político que, siguiendo el platonismo y el aristotelismo, defendía la jerarquía natural entre personas en la sociedad, debiendo estar regida ésta por una élite sabia con capacidad para conocer la verdad y que domine a la masa ignorante. Fue muy crítico con el liberalismo clásico americano y, especialmente, con la modernidad (debido a las atrocidades de la misma que le tocó sufrir en la Alemania nazi). Por eso criticó el supuesto objetivismo del positivismo y el historicismo, defendiendo la vuelta al estudio del pensamiento clásico. Para ello elaboró un nuevo método hermenéutico que distingue dos tipos de lectura de un mismo texto: la esotérica (para el filósofo) y la exotérica (para el lector vulgar). Sólo la esotérica muestra lo que el autor del texto puso entre líneas por miedo a la persecución política o religiosa de su época. En lo político, para Strauss el totalitarismo (tanto en forma de fascismo o de comunismo) es el enemigo a combatir. Además, recupera la defensa de un derecho natural, pero en el sentido platónico, repudiando el de Hobbes (que lo defendía como mera convención).

A partir de este autor se desarrolló el straussianismo, corriente que defiende el estudio esotérico de los textos de grandes autores clásicos. Sólo así se entenderán plenamente y nos ayudarán a escapar de la crisis de la modernidad denunciada por Strauss y encarnada en el cientifismo, el historicismo y el relativismo.

Partiendo de esta base doctrinal, la cronología neoconservadora sería: L. Strauss como fundador, I. Kristol como su publicista y A. Bloom como principal académico del mismo (bajo cuyo amparo se desarrollaron discípulos como Fukuyama, A. Keyes, A. Shulsky, S. Sestanovich y C. Fairbanks). El término neoconservador apareció por primera vez en 1973 en la revista *Dissent*, de la mano de M. Harrington. Designa a intelectuales que en su juventud eran de izquierdas, pero que luego dieron el giro hacia la derecha. Este grupo se identificó con la revista *The Public Interest* y sus principales influencias, aparte de Strauss, fueron Voegelin, Wittfogel y Ortega. Los neoconservadores no eran una evolución del conservadurismo tradicional, sino un grupo de intelectuales liberales que pasó a afirmar el fin de las ideologías y el triunfo del pragmatismo. Mientras que en EEUU la izquierda se circunscribe al ámbito académico, los neocons se encuentran mayoritariamente en el mundo de la política. Claro que dentro de los mismos hay bastante diversidad, pues los hay tanto demócratas como republicanos). Esto los posiciona en la llamada «derecha débil», algo alejados de los conservadores tradicionales de EEUU. Por eso el straussianismo tan sólo es una corriente más dentro del pensamiento neoconservador.

El neoconservadurismo como paradigma teórico surgió dentro del contexto de la Guerra Fría, del mayo del 68 y de la crisis del modelo de Estado de bienestar keynesiano. Su historia tiene cinco fases bien diferenciadas: La primera es la aparición en 1966 de la revista *The Public Interest*, que se definía como una revista de objetivo análisis político y carente de corsés ideológicos. La segunda etapa fue con la crisis del capitalismo de los 70, momento en que se quiso recuperar su estructura institucional y valorativa. La tercera es en los 80 con Reagan y su activa política exterior anticomunista. Aparece así un neoconservadurismo caracterizado por una activa política exterior, una crítica de la burocracia del Estado de bienestar y defensor de la libre economía. La cuarta etapa es la de la administración Bush Jr y la de neoconservadores muy activos como Fukuyama. La quinta es la de la crítica de este autor a la Guerra de Iraq y el problema de Israel.

Además de estas etapas, en el neoconservadurismo se distinguen también tres generaciones: la primera es la de I. Kristol y sus compañeros liberales, que con el tiempo pasaron a defender la moral conservadora al no aceptar la contracultura juvenil de los 60 ni el comunismo. La segunda estuvo muy vinculada a la *American Enterprise Institute for Public Policy Research*, centrada en estudios políticos y sociales. Esta generación se dedicó sobre todo a la política exterior y consiguió importantes puestos en la administración. La tercera se vincula al *Proyecto para*

*un nuevo siglo americano* y está formada por discípulos de Bloom (como Fukuyama por ejemplo). Defiende una agresiva política exterior basada en un aumento del gasto militar y la hegemonía internacional de EEUU, conseguida a base de guerra preventiva contra los países considerados peligrosos al no aceptar su idea de democracia.

Es importante señalar que los neoconservadores no son políticos profesionales, sino intelectuales que suelen ocupar cargos importantes en la administración, pero poco conocidos para el gran público. Los principios del neoconservadurismo son: primero, se basan en los ideales de la ilustración anglo-escolesa. Desprecian la ilustración francesa-continental y creen que la única revolución auténtica y exitosa de la modernidad es la americana. Por eso defienden el capitalismo liberal frente al, para ellos, utópico socialismo francés. Segundo, rechazan el marxismo y el funcionalismo, concibiendo la sociedad formada por tres órdenes: tecno-económico, político y cultural. Tercero, defienden los valores de la ética puritana (trabajo duro, familia tradicional y religión organizada) frente a la cultura moderna o posmoderna (criticando su hedonismo como causa de crisis social). Cuarto, la religión de base judeo-cristiana es esencial para el buen funcionamiento social y económico gracias a la estabilidad que proporciona su moral tradicional. Quinto, reconocen que el sistema de democracia liberal que defienden es imperfecto, pero también que es el menos malo que se conoce. Sexto, aboga por una reactualización de la tradición liberal smithiana en la que se unan racionalidad y ética, manteniéndose a la vez la libertad personal y las virtudes públicas del sistema. Séptimo, piden la ampliación de las competencias del Tribunal Constitucional para que así despolitice muchas cuestiones que aún competen al Estado. Octavo, abogan por un modelo de Estado débil, no lastrado por tener que ocuparse de la economía, la política social, médica o ambiental. Quieren que estos temas pasen a ser gestionados por el sector privado para no asfixiar al Estado y dejar que la economía se regule sola (considerado lo más eficaz). Décimo, el neoconservadurismo es un intento de unir las dos tendencias del conservadurismo americano: la libertaria y la tradicional. Intentando defender un capitalismo democrático apoyado en la doctrina moral judeo-cristiana. Once, buscan así lograr una sociedad capitalista que se gobierne sin conflictos y con la mínima intervención estatal. Doce, defiende una «contrarrevolución permanente», en el sentido de un trotskismo al revés. Trece, defienden la «acción preventiva» para conseguir esta contrarrevolución. En el sentido de atacar lo que en el futuro podría ser una amenaza, aunque en la actualidad no lo sea. Catorce, muchos neocons son de origen judío, por eso el neoconservadurismo suele apoyar internacionalmente al Estado de Israel.

Las críticas que se le pueden hacer al neoconservadurismo es que propone la imposición de una moral anticuada para solucionar problemas del Estado moderno. También que su moral es antiilustrada, lo que contradice su supuesta de-

fensa de la ilustración escocesa. Además, el utilitarismo y relativismo moral que defienden en su idea de libre economía se contradice con su defensa del dogmatismo religioso tradicional. En este sentido puede decirse que el neoconservadurismo tiene claras similitudes con el liberalismo conservador, que siempre es evocado en momentos de crisis en EEUU.

El neoconservadurismo ha propiciado desde 1989 un pensamiento que quiere englobar todo, presentándose como el único posible y el más natural. Tendría cuatro cualidades PPII: planetario, permanente, inmediato e inmaterial. Ante él se alza la izquierda norteamericana, afincada en el ámbito universitario. En un principio contrapuso la idea de lo «políticamente correcto» como defensa del multiculturalismo frente al pensamiento neoconservador de corte puritano europeo, aunque este término acabó siendo reaprovechado por la propia derecha.

La idea del fin de la historia como autobombo del pensamiento neoconservador como el mejor posible ya tenía antecedentes en la defensa neoconservadora del fin de las ideologías que apareció en los años 50-60. El gran éxito del concepto de fin de la historia de Fukuyama se debe al momento en que apareció en la revista *The National Interest*, ya que fue justo antes de la caída del Muro de Berlín. Esto dio a sus ideas un carácter profético más propio de las ciencias naturales que de las humanidades. Con su filosofía este autor dotó de una *corpus* teórico a una ideología tan práctica como el capitalismo y propició su expansión como globalización. Su tesis era difícil de rebatir al haber predicho la desaparición del socialismo real y apoyarse tanto en teorías como en hechos históricos. Aparte de que su doctrina fue potenciada en todos los medios de comunicación gracias a sus padrinos políticos: intelectuales neoconservadores, de la nueva derecha americana y la administración Bush.

La tesis de Fukuyama del fin de la historia tiene varias fases bien diferenciadas. Resumidamente puede decirse que comienza con la publicación, en el verano de 1989, del artículo *The end of History?* en la revista *The National Interest*. Ante el gran éxito suscitado, en 1992 aparecería el libro *The end of History and the Last Man*, donde se afirma que la historia ha terminado porque se reconoce universalmente el triunfo de la democracia liberal. Pero, a partir del 2004, Fukuyama se distancia en parte de los neoconservadores al criticar la Guerra de Iraq, cambiando su tema de estudio por el de la bioética. Respecto a la evolución del pensamiento de este autor, es importante aclarar que se ha ido construyendo como repuesta a sus críticos, aunque él no lo admita. Pero, sobre todo, debe precisarse que, los diferentes acontecimientos históricos ocurridos desde 1989 y las críticas a su obra, permiten apreciar que nos encontramos no ante el fin de la Historia, sino más bien ante los «fines de la Historia». Aparte de éste, dentro de los neoconservadores aparecieron otros dos paradigmas que también trataron de sustituir al del fin de la Historia: el del «choque de civilizaciones» de S. Huntington y la «fractura de occidente» de R. Kagan. Ambos se

contraponían al pacifismo que suponía la imposición del pensamiento único de Fukuyama.

Pero, más allá del autoproclamando triunfalismo neoconservador, el modelo neoliberal de economía global terminó mostrando su fracaso a partir de la crisis del 2002 y la Guerra de Iraq. Aunque el modelo neoliberal también trata de imponerse en lo político e intelectual, tratando de implantar una especie de «mcdonalización» en todos los países y el individualismo propio de EEUU contrapuesto al Estado de bienestar. La imposición de este modelo de globalización entró en crisis a partir de las protestas de Seattle y la creación de asociaciones como ATTAC o el Foro Social Mundial, que defienden una política internacional más social y multicultural.

Estos movimientos de protesta terminaron siendo una propuesta para imponer un pensamiento único altermundista, es decir, otra globalización alternativa. En su gestación se distinguen tres fases: la de análisis, donde se observó la expansión del modelo neoliberal tras 1989. De protesta, que comenzó en 1994 con la Revuelta de Chiapas y culminó en 1999 en Seattle. De proposiciones, donde aparece el Foro Social Mundial de Porto Alegre con una serie de propuestas socio-culturales a conseguir. Aunque el altermundismo engloba diversas organizaciones e intelectuales, todos coinciden en denunciar que la actual globalización sólo beneficia a unos pocos frente a la gran mayoría de la población mundial. Por tanto, proponen modelos más equitativos y multiculturales. Promueven así una sociedad civil global y plantean una Historia Universal no eurocéntrica. Pero, tanto la globalización neoliberal como la altermundista son pensamientos únicos, que sólo ofrecen su postura como la única verdad posible y cuyos intelectuales están condicionados por su pertenencia a dichos movimientos. Son preferibles pensadores más críticos y movimientos más dialogantes que busquen terceras alternativas intermedias o que se planteen si hay necesidad real de cambios.

Tanto el fracaso del modelo neoliberal como las protestas altermundistas han provocado un «retorno de la historia» y la recuperación del sujeto social, que buscan otra forma más justa de gobernar el mundo siguiendo el modelo de protesta de mayo del 68 hibridado con el movimiento obrero clásico.

Para Sanmartín es importante dejar atrás la idea de una Historia universal exclusivamente occidental y homogénea para tratar de construir una que recoja los valores característicos de las diferentes culturas humanas y lo positivo de la occidental. En este sentido es necesario buscar un modelo intermedio entre globalización y altermundismo, que son formas de pensamiento dogmáticas que no admiten posturas diferentes a la suya ni, por tanto, diálogo o diversidad cultural. Deben abandonarse estas formas de pensamiento único en favor de uno que recoja la biodiversidad humana y natural. Sólo así se dejarán de plantear las discusiones en términos bipolares de «yo» o «ellos» y se sustituirá la historia con un fin predeterminado (que varía según el modelo que lo defienda) por aquella histo-

ria con un «objetivo» o «meta» que se alcanzará con el consenso y esfuerzo de todos los seres humanos.

*Fco. Javier Irisarri Vázquez*

LARRINAGA, Carlos: *El ingeniero de caminos Manuel Peironcely (1818-1884). Modernización y obra pública en la España del siglo XIX*, Colegio de Ingenieros de Caminos, Canales y Puertos del País Vasco, Bilbao, 2007, 263 pp.

Carlos Larrinaga, profesor de Historia Económica de la Universidad de Granada, nos presenta un detenido análisis sobre Manuel Peironcely (1818-1884), ingeniero de caminos madrileño, personaje clave para entender el desarrollo de las obras públicas guipuzcoanas de la primera industrialización y personaje al que ya se había acercado en otras investigaciones anteriores, por lo que este estudio puede considerarse una especie de culminación de una investigación iniciada hace muchos años. Así pues, cuando en 1840 se inicia la industrialización del País Vasco contemporánea, Peironcely era un funcionario del cuerpo de Caminos con destino en Guipúzcoa donde se asienta al casarse con una donostiarra construyendo así una saga familiar que perdura hasta nuestros días. Aunque, tal como se aprecia en el libro, su labor ingenieril fue más allá de la provincia guipuzcoana, teniendo importantes actuaciones en el puerto de Bilbao, en la líneas férrea entre Ciudad Real y Badajoz o en los ferrocarriles del Noroeste. Por no hablar de su inestimable labor como profesor de la Escuela de Ingenieros de Caminos, de la que llegó a ser director.

El profesor Larrinaga se adentra con atino en el personaje mostrándonos los avatares por los que transcurrió su devenir por la capital guipuzcoana, pero, lo que nos resulta más interesante es el recorrido que se hace por su obra, ya sea a través del desarrollo de la red viaria de la provincia, ya sea a través de su participación en la construcción y remodelación de los puertos de San Sebastián, Pasajes y Deva. De esta forma, se analiza la construcción del ferrocarril Madrid-París a través de Irún, en lugar de por Navarra. Posición aquélla apoyada por Peironcely que dio lugar a una intensa polémica en el propio Parlamento y que tuvo como consecuencia la dimisión del Gobierno. El trazado por Pamplona y el valle de los Alduides contaba con apoyos importantes, pero el autor estudia la memoria realizada por el ingeniero de caminos en la que aportaba toda una serie de datos técnicos y económicos que inclinaban la balanza a favor de la alternativa de Irún, memoria clave para entender una decisión que en la primera época de la industrialización no estaba en absoluto clara y que iba a tener importantes repercusiones en el desarrollo económico posterior.

Tampoco la red de carreteras fue ajena a su labor. Intervino en la construcción de la N-1, principalmente en el tramo comprendido entre Beasain y Alsasua; trabajo en el que iba a contar con la ayuda de Antonio Cortázar, arquitecto que más tarde iba a ser el responsable del diseño del ensanche de San Sebastián. La carretera de Enderlaza forma parte también de la red que se iniciaba en los años cuarenta y que iba a ser supervisada por el ingeniero Peironcely.

Se analizan a continuación las obras acontecidas en las infraestructuras de los puertos de San Sebastián, Deva y Pasajes. El puerto de San Sebastián había mantenido su estructura original del siglo XVI. La remodelación efectuada por Peironcely asienta las bases del puerto que conocemos en la actualidad. Otra obra de la que el profesor Larrinaga hace mención es la del diseño de un canal de enlace entre San Sebastián y Tolosa, para lo que se planea la unión entre el río Oria y el Urumea mediante esclusas. El ingeniero analiza lo desafortunado de la idea debido a la extremadamente alta lentitud de la navegación a través del canal. Había sido una propuesta del Ayuntamiento de Tolosa que intentaba construir una vía de acceso rápido a San Sebastián. Peironcely, a pesar de realizar un diseño en el que no creía, propone un acceso por tren con aguda visión de que este tramo, el de Tolosa-San Sebastián, fuera en un futuro utilizado por el ferrocarril del Norte.

El estudio se detiene, así mismo, en el análisis de las mejoras efectuadas en el puerto de Deva: la gran peña situada en la entrada del puerto que dificultaba los movimientos de los barcos, el problema del espigón, la voladura de la roca; todo ello es afrontado y solucionado. El puerto de Pasajes, el diseño de la dársena de La Herrera, la elaboración del último proyecto que tendrá como consecuencia la recuperación del puerto. Todo ello pasa por las manos de Manuel Peironcely quien desde su trabajo como ingeniero de caminos en la provincia va dando soluciones a los problemas de infraestructura que se plantean en las obras públicas de la provincia.

Podemos ver en las páginas de Carlos Larrinaga cómo, y a pesar del evidente atraso que sufría España con respecto a los países de la Europa Occidental en la época estudiada, algunos signos de modernización en las ciudades españolas, entendidas éstas como células de modernización. En el periodo de tiempo en el que desarrolló su trabajo el ingeniero de caminos Manuel Peironcely, segundo tercio del siglo XIX, las obras de infraestructura llevadas a cabo en San Sebastián son buena prueba de ello. Aunque no sólo eso, ya que el libro viene a suponer, al mismo tiempo, un reconocimiento al buen hacer de los ingenieros de caminos españoles del siglos XIX, siendo Peironcely un ejemplo representativo de ese cuerpo tan activo y decisivo en la modernización de las infraestructuras de la España de esos años. Bajo este punto de vista, el libro constituye una auténtica novedad y una visión distinta a la que estamos acostumbrados de la modernización económica.

*Isabel Garaizar*

OREJAAGUIRRE, Marcelino y SÁNCHEZ MANTERO, Rafael (coords.): *Entre la historia y la memoria. Fernando María Castiella y la política exterior de España, 1957-1969*, Real Academia de Ciencias Morales y Políticas, Madrid, 2007, 447 pp.

Atractivo título para una obra que se plantea como una reivindicación de la figura de quien fuera Ministro de asuntos exteriores en los años centrales de la dictadura de Franco. Lo hace apoyándose en varias hipótesis que el texto confirma. La primera es que Fernando María Castiella siempre puso el interés de España por encima del Régimen, fue un político moderno y pragmático, con «visión de Estado», cuya figura adquiere su verdadera dimensión al compararla con la presidencia del gobierno, Carrero y Franco. La segunda precisa que fue Castiella quien orientó las bases de la política exterior después de su salida del Ministerio en temas como Gibraltar y Europa. En definitiva, se trata de desligar al ministro de los aspectos más cuestionables del Régimen que ayudó a consolidar, estableciendo un hilo conductor entre la política exterior del franquismo y la España democrática.

El planteamiento de la obra es impecable. Los coordinadores han logrado ensamblar perfectamente la doble perspectiva, memoria e historia, posicionándose así en un debate que continúa despertando pasiones, demostrando lo diferentes pueden ser una de la otra, pero también hasta que punto la primera puede ser útil a la segunda. Para ello han reunido en el volumen a un insigne grupo de diplomáticos, colaboradores y discípulos de Castiella, cuyos testimonios de devoción no impiden que ejerzan autocrítica sana sobre su labor de aquellos años. Todos ellos aportan datos y matices muy útiles para la labor del historiador, que en este volumen desarrollan algunos de los más destacados expertos en la historia de la política exterior española en nuestro país. Memoria e historia aparecen perfectamente ensambladas a lo largo del texto. En cada uno de los temas abordados se da la palabra primero al diplomático, para que aporte su visión, no por subjetiva y autojustificadora menos interesante. Posteriormente, se deja que sea el historiador el que con abundante aparato crítico y fuentes, entre las que destacan las carpetillas que durante años Castiella fue acumulando con información sobre los asuntos de interés, analice cada línea de la política exterior del periodo.

Las propias peculiaridades del Régimen hicieron posible un grado de discrecionalidad a sus ministros que permite responsabilizar de los éxitos y fracasos de la política exterior de España en los años centrales de la Dictadura al protagonista del libro. Pero son también las características del Franquismo las que explican las luchas internas, los conflictos de intereses con los que Castiella hubo de lidiar y terminaron por truncar su carrera en el Ministerio. Por todo ello, su biografía política es a la vez una historia de la política exterior española del franquismo y del funcionamiento interno de una dictadura que la instrumentalizó de forma continuada.

El argumento central del libro se articula en torno a tres bloques: la descolonización de los territorios del norte de África, las relaciones con Europa, auténtica obsesión del Ministro, y la renegociación de los convenios con Estados Unidos. A ese eje central se acoplan dos capítulos con los que comienza y finaliza el volumen. En el primero Juan Velarde nos introduce en la labor universitaria del Don Fernando, dibuja a un hombre del Régimen, pero realista y pragmático, como tantos otros tecnócratas, que utilizó la Universidad para abogar por una moderada apertura hacia el exterior. Las dos colaboraciones que cierran el libro abordan el único tema de política interior en el que Castiella intentó influir, la concesión de la libertad religiosa en España. Rosa María Martínez de Codes lleva a cabo un interesante análisis sobre la mediación del Ministro en un asunto que, al margen de sus convicciones personales, era importante para ofrecer una imagen de España menos intolerante que la que se había difundido a raíz de la Guerra Civil, más aceptable a la comunidad internacional y que hiciese más fáciles las relaciones con Gran Bretaña y EEUU.

Al hilo de lo que ocurría en aquellos años en la ONU, la política descolonizadora del ministro Castiella es la primera que se aborda. Gabriel Cañadas y Rosa Pardo, esta última en uno de los capítulos mejor documentados y analizados del volumen, abordan el complejo proceso de descolonización del AOE y de Guinea. En el análisis que llevan a cabo quedan perfectamente reflejados los defectos de la política exterior del franquismo: descoordinación, falta de realismo, enfrentamiento de competencias entre Presidencia de Gobierno y MAE. En definitiva, un cúmulo de errores, atribuibles al propio Régimen, que impidieron que España sacase provecho del «modélico» proceso de descolonización de Guinea y fuese capaz de resolver adecuadamente el problema del Sahara. A contracorriente de los militaristas del Régimen, Carrero a la cabeza, en este tema Castiella aparece dibujado como un hombre de Estado, realista, empeñado en evitar que el problema colonial aislase a España de la comunidad internacional y en convencer a Franco. Al Ministro le tocó hacer un complicado juego de equilibrismo: mostrar flexibilidad y huir de políticas de resistencia que podían robarle el apoyo del bloque árabe e hispanoamericano e incluso exponerla a un ataque de la URSS en la ONU, pero a la vez ganar tiempo y esquivar el desenlace inevitable y, a la par, colocar a España en el grupo de países perjudicados por el colonialismo por el contencioso de Gibraltar.

Diffícil apuesta que, no obstante, pareció salir medianamente bien en el tema de la descolonización de Guinea, aunque la forma en que se hicieron las cosas desde Presidencia del Gobierno generó buena parte de los problemas con que la antigua colonia habría de enfrentarse más tarde. Mejor se resolvió la maniobra británica que pretendía aprovechar la vigencia de la problemática de la descolonización en la ONU para modificar el status de Gibraltar. En este capítulo, muy bien planteado y documentado por el profesor Rafael Sánchez Mantero, Fernando Castiella impidió que Gran Bretaña se aprovechara de la situación articulando un

planteamiento jurídico, y llevando a cabo una campaña diplomática y unas medidas de presión «correctas». Evidentemente no solucionó el problema de fondo, pero, como apuntan los autores, la argumentación jurídica elaborada por el Ministro continuó siendo utilizada por España para defender sus intereses en este asunto durante mucho tiempo.

El segundo gran eje de la política exterior del Franquismo entre 1957 y 1969 fueron las relaciones con Europa. Fernando Oliví y Juan Duran-Loriga dan en el texto su visión personal de las relaciones bilaterales con los principales países europeos. Raimundo Bassols hace un análisis sobre el inicio de las complejas relaciones de España con las Comunidades Europeas fijándose en la interesantísima relación entre Ullastres y Castiella y sus intentos de convencer al Dictador para evitar que España quedase definitivamente aislada una vez que Grecia y Turquía firmaron acuerdos de asociación con aquellas. Finalmente, Juan Carlos Pereira, con la claridad y sistematización propias de un profesor, además de plantear un estado de la cuestión sobre el tema, estudia los condicionantes de las relaciones entre España y Europa, las relaciones bilaterales y las negociaciones con las Comunidades. El profesor pone en evidencia que la España de hoy y su relación con Europa no sería la misma si hombres como Castiella no hubiesen entendido que Europa era el ámbito básico desde donde desarrollar una política exterior nueva.

Finalmente el volumen aborda la que sería gran frustración de Fernando Castiella, la renegociación de los convenios con EEUU en una situación que resultase más ventajosa para España. El texto de Marcelino Oreja y Antonio Oyarzabal aporta sugestivas reflexiones de quienes vivieron aquellas complejas negociaciones desde dentro. Esa visión se completa con otro de los capítulos mejor trabajados del volumen, también de Rosa Pardo, sobre las relaciones hispano-norteamericanas en los años centrales de la Dictadura. En él quedan en evidencia tanto el menosprecio estadounidense, como la falta de visión del Régimen de Franco con la que Don Fernando tuvo de luchar para salir, ahora sí, perdedor. Con todo, una magnífica reflexión última de la profesora Encarnación Lemus sobre la política de Castiella después de su ministerio defiende razonadamente que los éxitos de la política exterior española en Europa y el replanteamiento de las relaciones con EEUU después de Franco, incluso, se logran siguiendo los planteamientos de aquel Ministro.

Fernando Castiella se convierte así en un precursor, en alguien que hizo lo que se podía hacer dadas las características del Régimen al que representaba. De esa manera queda todo ello reflejado en una obra sólida, de obligada consulta para entender, además de la política exterior de España entre 1957 y 1969, el funcionamiento interno del Franquismo.

*Inmaculada Cordero Olivero*

MURO, Diego: *Ethnicity and Violence. The Case of Radical Basque Nationalism*, Routledge-Cañada Blanch Centre for Contemporary Spanish Studies, 2007, 240 pp.

En ocasiones, los estudios históricos de largo recorrido arrojan una luz que, desgraciadamente, no arrojan los trabajos que analizan cortos periodos de tiempo. Es cierto que renuncian a penetrar en los fenómenos históricos en profundidad pero, a cambio, obtienen unas visiones panorámicas de las que se pueden extraer jugosos resultados. Tal es el caso de la obra de Diego Muro.

El autor, joven profesor del prestigioso King's College de Londres, aborda un tema ambicioso: el análisis del nacionalismo radical vasco desde su surgimiento hasta nuestros días. El trabajo es resultado de una tesis doctoral leída en The London School of Economics and Political Science de Londres, dirigida por Anthony D. Smith, uno de los mayores expertos en nacionalismo, quien prologa la obra.

El libro tiene la virtud de estar dirigido a un público internacional que, posiblemente, se acerca por primera vez a la historia del nacionalismo vasco. Esto hace que se comience desde el principio, planteando preguntas elementales pero básicas, clarificando y explicando conceptos. Así, en la introducción se abordan cuestiones determinantes como la definición del conflicto vasco o los verdaderos objetivos de ETA. Asimismo, el autor concreta el tema de estudio, ofreciendo una precisa definición del «nacionalismo radical vasco» que caracteriza como etnicista, separatista y violento. La tesis central de la obra está muy vinculada a esta definición: a través de una acertada y sintética genealogía del nacionalismo radical vasco, Diego Muro demuestra que la violencia y el etnicismo de éste ha reforzado y refuerza el nacionalismo vasco.

Los nacionalismos no se entienden sin la línea del tiempo, sin pasado, presente y futuro. Todos se basan en la añoranza de un pasado, de un tiempo mítico al que se pretende regresar; es un «mito necesario» al que es imposible renunciar. El nacionalismo vasco no fue una excepción: el capítulo primero nos acerca a esa «Edad Dorada» del pueblo vasco. El autor reconstruye esta imagen mítica, surgida en el siglo XVI (con autores como Juan Martínez Zaldívar, Garibay o Poza), y consolidada en los siglos XVII y XVIII. Se presentaba a un pueblo vasco elegido por Dios, con un lenguaje divino, con una población virtuosa, noble, pura de sangre e igualitaria. Era un pueblo idílico en un pasado idílico, que se convertiría en referencia para lo que los vascos y el País Vasco deberían ser, como pueblo y como Estado.

Con la vista puesta en un pasado lleno de esplendor, y un presente cuanto menos inquietante, llegó el siglo XIX. Nacen los nacionalismos, y con ellos, el vasco. Y todo, con España de fondo, con la pérdida de la mayor parte de sus colonias y unos intentos de nacionalización no demasiado fructuosos. Para ello serían determinantes las guerras carlistas y el foralismo contra las políticas centra-

listas del Estado liberal; y por supuesto, la figura de Sabino Arana. A finales del siglo XIX, en éste contexto y en el de una importante industrialización, Arana pondría sobre el tapete unas doctrinas estrechamente vinculadas con aquella «Edad Dorada»: los vascos eran un pueblo elegido por Dios, una etnia privilegiada, con un lenguaje único, católico por encima de todo, con un pasado brillante y ahora prostrado y oprimido por el Estado español. Sus propuestas integristas que inicialmente apostaban por el aislamiento, la vuelta al pasado y la independencia dieron paso, con el paso de siglo, a una posición bipolar donde ahora también tenían cabida medidas autonomistas y más moderadas que garantizarían el apoyo de una pragmática burguesía urbana vasca.

El capítulo tercero aborda el amplio periodo comprendido entre la muerte de Arana (1903) y el fin de la Guerra Civil. Tras la muerte de Arana, dentro del Partido Nacionalista Vasco convivirían en él las tendencias moderadas y radicales. Sin embargo, acabarían confrontándose: a pesar del importante avance del partido y del debate sobre la evolución filo-española de Arana, tendrían lugar importantes luchas internas entre moderados (*euskalerríacos*) y radicales (*aberrianos*) que llevarían a la refundación del partido como bajo el nombre de Comunión Nacionalista Vasca (1916), la expulsión de los radicales del mismo y la posterior reestablecimiento del Partido Nacionalista Vasco (1921) por éstos. A partir de aquí los radicales vascos formarían un cuerpo teórico y programático aparte dentro del nacionalismo vasco.

La Guerra Civil fue un acontecimiento decisivo para el nacionalismo vasco. La contienda demostró que, cuando se daba a elegir a los vascos entre «catolicismo» y «orden» de un lado, y «Patria» del otro, muchos se sumaron a los golpistas: sólo Vizcaya y algunas zonas de Guipúzcoa permanecieron fieles a la República. A pesar de eso, la Guerra Civil se convertiría en un elemento básico para comprender el nacionalismo radical vasco: se adoptaría una visión tergiversada, contemplándola como una agresión de España a un pueblo vasco que permaneció unido y luchó heroicamente.

El capítulo 4 aborda la dictadura franquista. Entonces, el nacionalismo es silenciado. Los esfuerzos y esperanzas del *Lehendakari* Aguirre en el exilio por forzar una intervención de las potencias democráticas para acabar con el franquismo se ven frustradas. No obstante, la represión y el silencio impuesto por el régimen acaban encontrando una válvula de escape: en 1959 nace ETA. En pocas páginas, el autor traza una rápida —pero acertada— visión del nacimiento, evolución y características de la organización. Detecta los evidentes puntos en común con la tradición nacionalista anterior (etnicidad, lengua, visión de la historia), pero también señala dos importantes innovaciones: su carácter socialista, muy vinculado con su carácter opositor al régimen de Franco y el contexto internacional; y empleo de la violencia para cumplir su programa político. En los años finales del régimen ETA desempeñaría una importante labor de oposición, intensificando sus atentados a medida que la vida del dictador y de su régimen llegaban a su fin. La orga-

nización superó numerosos debates internos y escisiones. Para ello sería clave el apoyo y simpatías de parte de la población española y vasca, que contemplaba sus acciones como una oposición armada al régimen de Franco. La violencia de ETA llevaría apareada la represión brutal del franquismo, generando simpatías nacionales e internacionales. Como concluye acertadamente Muro, el nacionalismo y la violencia se convirtieron en elementos de cohesión para el nacionalismo radical vasco.

La muerte del dictador y las reformas democráticas plantearían una nueva situación (capítulo 5). El PNV, pese a recomendar la abstención en el referéndum constitucional, acabaría participando en las instituciones; máxime cuando fueron devueltas muchas de sus prerrogativas a las provincias vascas. En cambio, ETA consideraría las reformas democráticas como un mero maquillaje político que enmascaraba la opresión del pueblo vasco. Pero se vio obligada a cambiar sus estrategias: con un régimen democrático no era posible seguir confiando en la espiral de acción-represión-acción de la época precedente. Aunque fue así durante un tiempo: la guerra sucia de las actividades del GAL entre 1983-1987 ayudaron a mantener un discurso histórico en el que la lucha entre el pueblo vasco y el Estado español se había desarrollado de forma ininterrumpida desde el primer atentado de ETA en 1968. El nacionalismo radical aprovecharía las oportunidades que le daba la democracia: dejó de ser una mera organización clandestina para convertirse en un «Movimiento Vasco de Liberación Nacional». Pese a seguir liderado por ETA, auténtico símbolo y fuente de inspiración, se tejieron ahora una red de organizaciones políticas y sociales (KAS, Herri Bata-suna, LAB, Jarrai) que crearon un medio ambiente adecuado para el desarrollo y encuentro de la «comunidad nacionalista», donde ésta encontraría las condiciones necesarias para la reproducción social de sus mensajes, discursos e interpretación de la historia.

El capítulo 6 aborda el periodo que va desde el fin de los GAL (1987) a 1997. Ya dentro de la Unión Europea, el gobierno de Madrid cambia su estrategia: desarrolla una importante acción policial, suprimiendo los GAL y colaborando con el gobierno francés; y establece el diálogo con ETA (conversaciones de Argel) y con las fuerzas nacionalistas (Pacto de Ajuria Enea) para aislar a la banda terrorista y negarla como interlocutora válida en el conflicto. La táctica de ETA también se modifica: pone en marcha lo que Diego Muro denomina la «socialización del sufrimiento», extendiendo sus objetivos y sus víctimas a un espectro más amplio de la población española. Este factor, unido al fin del silencio y la activa participación de algunas organizaciones civiles en la denuncia de las acciones terroristas, llevarán a que el apoyo a ETA descienda en estos años.

Entre 1997 y el año 2006 se produce un claro declive del nacionalismo radical. A él está dedicado el último capítulo de la obra. Son los años del «frente nacionalista»: el PNV parece asumir parte de la agenda política de ETA, apostando

por la independencia, lo que se plasma el Pacto de Lizarra (1998). A éste siguió la primera tregua de la banda terrorista, liquidada por una ETA que acusaba al nacionalismo moderado de no hacer lo suficiente por la independencia. Posteriormente llegaría la ilegalización de Batasuna y de otros organismos vinculados a la organización terrorista. La llegada de José Luís Rodríguez Zapatero al gobierno en el año 2004 supone el comienzo de una etapa de diálogo. Pese a que el «Plan Ibarretxe» había sido frenado en el Parlamento, el Estatuto de Cataluña saldría adelante. El mensaje era claro: con la violencia era más difícil alcanzar los objetivos soberanistas. En el año 2005 el gobierno comenzó a conversar con una ETA muy debilitada, declarándose la segunda tregua en marzo de 2006. En diciembre de ese año se pondría fin a la misma con los atentados del aeropuerto de Barajas. La impaciencia de ETA y su renovado uso de la violencia volvían a posponer la solución del conflicto.

La larga historia del nacionalismo radical vasco es recogida en las conclusiones. Conclusiones que son asentadas sobre un sólido marco teórico, del que Diego Muro es buen conocedor. Así, siguiendo a Hechter y a otros especialistas, sostiene que la violencia del nacionalismo vasco fue generada por un marco estructural que le impedía articular sus demandas: la dictadura del general Franco. Es en esos años cuando el nacionalismo radical recurre a la violencia, erigiéndose como baluarte de la lucha contra el franquismo y ganando los más sólidos apoyos. Pero, ¿cómo explicar la permanencia de la táctica violenta con la llegada de la democracia? Es entonces cuando el autor emplea las teorías que recurren al individuo y sus percepciones para explicar el recurso a la violencia: hay que mirar a los conceptos políticos, sociales y morales que forman su ideología (Bandura, Crenshaw). Aunque las circunstancias habían cambiado, el nacionalismo radical siguió interpretando su historia de forma etnicista. Los radicales vascos siguieron mirando a esa «Época Dorada» como un periodo idílico, a las guerras carlistas, a la pérdida de los fueros y a la Guerra Civil como agresiones españolas a la integridad de la nación, y al franquismo y a la democracia como meras ocupaciones del suelo vasco. Pasado, presente y futuro eran uno: después de tanto tiempo, los *gudaris* seguían luchando por Euskalherria.

La tesis de la obra se ve de sobra confirmada: etnicidad y violencia se entrelazan en la formación histórica del nacionalismo vasco radical. La violencia crea experiencias emotivas unificadoras, crea fronteras entre grupos, separando entre «nosotros» y «ellos», eliminando el disenso interno y generando cohesión. La violencia incrementa la cohesión del grupo y crea activistas comprometidos con la causa. Si a ello le unimos la concepción etnicista de la nación, por la que pasado, presente y futuro quedan enlazados bajo una interpretación mítica y deformada, tenemos los dos elementos fortalecedores del nacionalismo radical vasco.

En definitiva, como el brillante estudio de Diego Muro evidencia, la reproducción del conflicto vasco depende de la fortaleza del nacionalismo vasco radi-

cal, de su recurso a la violencia y a la etnicidad. Por su parte, las fuerzas políticas democráticas, nacionalistas o no nacionalistas, deberán de acercar posturas y abandonar posiciones inmóviles para romper esta espiral de violencia que, desde hace más de medio siglo, parece no tener fin.

*Miguel Ángel del Arco Blanco*

BEASCOECHEA GANGOITI, José María: *Propiedad, burguesía y territorio. La conformación urbana de Getxo en la ría de Bilbao (1850-1900)*, Universidad del País Vasco, Bilbao, 2007.

Los estudios de historia urbana tienen larga tradición, en ciertas latitudes historiográficas de las que hasta hace relativamente poco tiempo no precisamente estaba cerca la hispana. En latitudes más cercanas en lo geográfico todavía nos falta un estudio monográfico pero general del País Vasco, y precisamente la obra de José M.<sup>a</sup> Beascoechea, nos sirve para comprender lo que ocurrió en la segunda mitad del siglo XIX en el Abra de la Ría de Bilbao, lo que no es nada sencillo de conocer.

Los estudios urbanos se han valido normalmente de fuentes fiscales y notariales para establecer sus principios, sus fundamentos empíricos sobre los que luego interpretar y analizar. Pues bien, esto tan obvio no lo es tanto en el caso de Vizcaya, puesto que la fuente fiscal es tardía y parcial, por mor de la especial situación tributaria del territorio, y las fuentes notariales, además de su dificultad intrínseca, de nuevo en el caso de Vizcaya cuentan con la dificultad añadida de su acceso en el Archivo provincial.

Sin descuidar estas fuentes, la labor de José M.<sup>a</sup> Beascoechea ha sido especialmente meritoria por cuanto supuso el vaciado sistemático del Registro de la Propiedad Territorial de Bilbao, en relación con los terrenos de Getxo, en un momento tan efervescente en la creación del espacio urbano como fue la segunda mitad del siglo XIX, sobre los datos de las originales subastas desamortizadoras. Este vaciado no se redujo al siglo XIX sino que continuó en el siglo XX hasta mediados de siglo, con lo que confiamos que el autor publique en el futuro una obra que abarque este segundo periodo. Pero el trabajo de José M.<sup>a</sup> Beascoechea no se reduce a ello, no se trata sólo de decir cuándo se desamortizó un terreno, se subastó y quién lo compró, sino que todo este proceso lo enmarca, a su vez, en varios procesos.

Por una parte el espacio geográfico, el Abra de la ría, puesto que no pierde de vista (lo que no es tan fácil como pueda parecer) que la Margen Derecha es una pero que también hay una Izquierda, es decir, encaja el proceso de desarrollo urbano de Getxo dentro de un contexto espacial, el Abra y el curso bajo de la ría.

Esta contextualización, con ser meritoria no es la única ni la que más puede llamar la atención, sino que también establece el análisis sobre un contexto social, es decir, quién compra y para qué. Y el quién no es una relación nominal sino que contextualiza el momento, la coyuntura y la actividad de personas como Máximo Aguirre y sus herederos, en un momento de fuerte crecimiento demográfico, económico de la zona y, por último, además contextualiza esas operaciones en la trayectoria de estos personajes y en sus actividades, es decir, para qué compran y cómo hacen rentable la inversión.

El proceso de urbanización, que se desarrolla en distintos momentos con sus propias características en espacios diferenciados dentro de Getxo, con promotores a veces comunes y a veces distintos, lo analiza y encaja en el desarrollo de la burguesía como clase emergente que busca nuevos espacios de divertimento y solaz, cuando se extiende el baño de mar. Este modelo cambiará en el siglo xx por un cambio incluso en las condiciones ecológicas de la zona, pero también el profesor Beascoechea enmarca este proceso de urbanización no sólo en el contexto del desarrollo poblacional o demográfico de la industrialización sino como un efecto colateral, como es la existencia de una clase acomodada, creciente en número (y poder), capaz de invertir sumas igualmente crecientes en la construcción de hoteles para su comodidad y admiración ajena. Los mecanismos de atracción fueron variados, urbanización de calidad, focos de atracción (la estación de Baños), medios de transporte (el ferrocarril), etc.

En definitiva, el interesante trabajo de José M.<sup>a</sup> Beascoechea supone el cumplir con una vieja deuda en cuanto a su publicación con los interesados y curiosos que pueden leer el libro para satisfacer su curiosidad, puesto que cualquier no especialista lo puede entender sin problemas, a lo cual no sólo ayuda la redacción fluida sino también la abundancia de mapas, gráficos, cuadros, etc. que hacen incluso entretenida la lectura de este magnífico libro.

*Eduardo J. Alonso Olea*

GÓMEZ PAREJO, Emilio (edición y selección de textos): *Víctor Gómez Barcenilla. De la mina al Consejo Vasco por la Federación Europea*, Txertoa, Donostia-San Sebastián, 2007, 564 pp.

La obra reseñada reúne en mi opinión tres virtualidades: nos descubre la biografía de Víctor Gómez Barcenilla (1898-1975), destacado sindicalista, político y publicista; rescata y reproduce sus numerosos artículos publicados en la prensa ligada al ámbito sindicalista y político socialista; y aporta una inestimable documentación para estudiosos e investigadores interesados en general en la historia vasca y española y, especialmente, en lo referente a la vida de los trabajadores

en las minas de Bizkaia y a los acontecimientos que tuvieron lugar en torno a las mismas.

Antes de entrar en las valoraciones, es necesario explicar que la edición y selección de textos así como la biografía presentada se deben a Emilio Gómez Parejo, uno de los hijos del protagonista del libro. Nacido en La Arboleda (barrio de Trapagaran) en 1923, fue uno de los niños de la guerra que fue evacuado en 1937 teniendo en su caso como destino la Unión Soviética, avatar que sufrió junto a sus hermanos Flavia y Mario. Allí pasaría dos décadas, conociendo de primera mano la II Guerra Mundial, estudiando posteriormente escenografía y trabajando en lugares como el Gran Teatro de Moscú. En 1956 se trasladó a Francia, reencontrándose con sus padres, país en el que estuvo hasta 1992, para regresar definitivamente e instalarse en Castro Urdiales. Podría parecer ociosa esta referencia al compilador del libro que nos ocupa, sin embargo precisamente lo que quiero subrayar es que no se trata de un académico al uso, sino de una persona que ya en su jubilación ha mantenido sus inquietudes intelectuales y sociales entendiendo que podría dedicar su tiempo a efectuar una aportación a la memoria histórica colectiva: recomponer la vida de su padre a través de sus escritos.

Y creo ser objetivo, más allá de la amistad personal, si sostengo que en este caso el no ser lo que llamamos un «historiador profesional» no es un demérito, sino una muestra de que con dedicación y trabajo se puede efectuar una labor meritoria rebuscando en archivos y hemerotecas, recopilando material, ordenándolo y, finalmente, presentar un libro de gran interés para los historiadores e investigadores de otras ciencias afines. Como señala Gómez Parejo en el prólogo («Cómo y porqué se hizo este libro», pp. 9-10), inicialmente pretendió elaborar un pequeño escrito para uso y recuerdo familiar, pero el volumen de documentación reunida le aconsejó proyectar lo que concluiría siendo este libro. Además, no se trata de una simple biografía, sino que a través de los textos presentados se trasluce «medio siglo de luchas, sufrimientos y miseria de los mineros», proceso histórico que debe ser recuperado «para conocimiento de las nuevas generaciones».

Señalemos que Víctor Gómez Barcenilla nació en 1898 en San Salvador del Valle, siendo el primer hijo de Román y María emigrantes procedentes de Cantabria y Palencia respectivamente. Comenzó a trabajar a los 13 años en las minas de La Arboleda de pinche aguador. Como estaba alfabetizado tuvo ocasión de dar a conocer a sus compañeros diversos textos de la época publicados en la prensa obrera. Con esfuerzo aprendió por correspondencia taquigrafía y mecanografía y adquirió conocimientos de esperanto. Militó en las Juventudes Socialistas (asistió al II Congreso celebrado en 1927), siendo secretario de la Cooperativa Socialista de La Arboleda, secretario general del Sindicato Obrero Minero de Vizcaya (adherido a la UGT) desde 1923 a 1937, y vocal del Comité del PSOE en Vizcaya. Corresponsal de *La Lucha de Clases* a partir de 1923 y de *El Socialista* desde 1928. En el terreno institucional fue concejal y alcalde de San Salvador del Valle (1931) y miembro de la Comisión gestora de la Diputación de Bizkaia. En 1934,

tras los acontecimientos de octubre, fue detenido en Madrid con identidad falsa y encarcelado en la prisión de Larrinaga (Bilbao). Ya había conocido ésta prisión en 1927 al condenársele dos meses por el delito de «inhumación ilegal» debido a la denuncia del sacerdote de La Arboleda por haber presidido un entierro civil. Tras un permiso provisional de libertad (motivado por el nacimiento de una de sus hijas), aprovechó para exiliarse por vez primera en Francia y Bélgica, regresando a comienzos de 1936.

Al estallar la Guerra Civil (1936-39) formó parte de la columna que acudió a Donostia-San Sebastián para reforzar a las fuerzas que tomaron el cuartel de Loiola. Fue destinado a la zona del Cinturón de Hierro y nombrado comisario del 12.º Batallón de Fortificaciones de Euskadi. Tras la caída del País Vasco, y una vez trasladado a Barcelona, fue designado por el lehendakari José Antonio Aguirre inspector del Departamento de Asistencia Social para los refugiados vascos en Cataluña (octubre de 1937). Más tarde, en 1938, pasó al servicio del Ministerio de Defensa Nacional siendo jefe del almacén de vestuarios de la Intendencia General de Compras, cargo asimilado al grado de capitán de intendencia.

Al exiliarse nuevamente en Francia corrió la suerte de los que recalaron en el campo instalado en Argelès-sur-Mer (Languedoc-Roussillon). Comenzada la II Guerra Mundial se reunió con su esposa Carmen y su hija Carmen y pudo trabajar algún tiempo en una carbonería de Toulouse. Tuvo que ir a Marsella, ciudad en la que fue detenido por la policía de Vichy tras, al parecer, ser delatado por un conocido. Fue encarcelado (febrero de 1941) y llevado al campo de Le Vernet d'Arièges (1941-44). No acabaron las penalidades ya que fue deportado por las autoridades nazis a los campos de concentración de Dachau en Alemania (junio a septiembre de 1944) y Mauthausen en Austria (septiembre de 1944 a mayo de 1945). A la bronquitis aguda, padecida desde niño, se unieron durante el paso por los lugares citados otros problemas que afectaron a su salud.

Tras la liberación vivió en Toulouse y París junto con parte de su familia (mujer y dos hijas), ya que los otros dos hijos —entre ellos Emilio— siguieron en la URSS. Reinició sus actividades políticas colaborando con el PSOE y el Gobierno vasco exiliado. Fue fundador y presidente de la Federación Española de Deportados e Internados Políticos. Participó en la creación del Movimiento Socialista Vasco por la Federación Europea (1950) y en la fundación del Consejo Vasco por la Federación Europea (1951), siendo miembro de su Junta Directiva. Trabajó en la Delegación del Gobierno vasco en París hasta su jubilación en 1963. Estableció su residencia en Ortaffa, pueblo cercano a Perpignan, falleciendo en abril de 1975.

Pasando al contenido del libro, cabe indicar que la biografía resumida elaborada por Gómez Parejo de su padre está presentada en el apartado titulado «Introducción» (pp. 13-21); tras la que se observa un largo comentario (pp. 23-24) referente a los diversos seudónimos —no siempre firmaba con su nombre— que

empleó Gómez Barcenilla, como «Homo de Vizcaya», «Uno del monte», «Un pueblerino», «Un socialista» y «Un minero», entre otros.

Los artículos localizados y reproducidos de Gómez Barcenilla entre 1922 y 1936 se presentan ordenados por temáticas, tituladas Sindicato Obrero Minero de Vizcaya (capítulo II), trabajo en las minas (III), Agrupación Socialista (IV), accidentes de trabajo (V), médicos en las minas (VI), ofensiva clerical (VII), atropellos y abusos (VIII), estudios y relatos (IX), diálogos de actualidad (X), huelgas mineras (XII) y La Arboleda (XIII). En cada uno de ellos se expone una nota previa de contextualización histórica con algunos apuntes sobre la actividad sindical y política de aquél. En su mayoría aparecieron en *La Lucha de Clases*, *El Socialista*, y *El Liberal*.

Además de denunciar las condiciones laborales y de vida de los mineros y trabajadores de otros sectores, trató problemas como los despidos, demandas salariales, reclamaciones elevadas a las patronales, accidentes laborales, denuncias de la represión policial ante las huelgas, muestras de solidaridad con mineros de otros países, celebraciones del Primero de Mayo, etc.; con referencias a minas —Unión, San Luis, Concha, El Morro...—, empresas —Compañía Orconera, Sociedad Franco-Belga, The Triano, Altos Hornos de Vizcaya...—, nombres conocidos del empresariado de aquellas décadas —los Olavarria, Zubizarreta, Ibarra, Chávarri...—; y alusiones a personalidades diversas —Pablo Iglesias (a cuyo entierro en 1925 en Madrid asistió Gómez), Timoteo García, Ramiro Maeztu, Federico Moyúa, Andrés Saborit, Santiago Aznar, Julián Zugazagoitia...—. Lógicamente no faltan comentarios a otros hechos históricos como, por ejemplo, la Guerra de Marruecos.

El capítulo XIV (pp. 535-541) está dedicado al periodo de la Guerra Civil (1936-37) con textos cortos en *El Liberal* y un artículo sobre Víctor Gómez y las fortificaciones aparecido en *Euzkadi Roja*. Finalmente, el capítulo XV (pp. 543-561) recoge textos de la época del exilio, fechados entre 1945 y 1960, aparecidos en *El Socialista*, boletín de la Federación de Deportados *Hispania*, *Le Deporté* y *Euzkadi Socialista*.

Hay que advertir que dos capítulos no contienen textos de Gómez Barcenilla, sino de otras personas. Gómez Parejo los encontró durante la búsqueda de los materiales de aquél y consideró de interés incluirlos en el libro. Así, en el capítulo I (pp. 25-54) se transcriben los escritos de Pedro Parejo Mazar, es decir el abuelo materno del recopilador de los textos. Nacido en Alcobendas, se enroló en las tropas que participaron en la Guerra de Cuba, estableciéndose posteriormente en el País Vasco. Comerciante, concejal socialista en La Arboleda (1917), escribió entre 1914 y 1922 en *La Lucha de Clases* y *El Liberal*. Igualmente, en el capítulo XI (pp. 449-456) se insertan varios trabajos de Constantino Turiel (Sitrana de Tera, 1888-Montpellier, 1950), dirigente del Sindicato Minero de Vizcaya, fechados entre 1919 y 1926 en torno al proyecto y construcción del Funicular de La Reineta y autor de *Recuerdos de mi vida y las luchas mineras* (Gallarta, Museo Minero, 2001).

Respecto a la parte ilustrativa se insertan fotografías de carácter familiar, imágenes de Gómez Barcenilla en diversos acontecimientos (en algunos de ellos se le aprecia con Indalecio Prieto, el primer lehendakari José Antonio Aguirre, el consejero del Gobierno Vasco Juan de los Toyos, el alcalde de Bilbao Federico de Moyúa, Manuel de Irujo, Xabier de Landaburu...), y con el uniforme de deportado, además de diversos carnés.

En definitiva una obra meritoria de Emilio Gómez Parejo que, quizás, siendo exageradamente puntillosos desde un ámbito académico podría ser susceptible de algunas mejoras (tal vez un apartado de cronología biográfica, y algunas referencias bibliográficas a artículos y libros que contienen menciones a Gómez Barcenilla). Sin embargo, la pretensión del autor en sus objetivos principales —recuperar los escritos de su padre y esbozar su biografía— se cumplen plenamente, siendo una inestimable aportación a la recuperación de la memoria histórica de dirigentes sindicales y políticos vascos del siglo pasado y ofreciendo a los investigadores un voluminoso caudal de datos para futuros trabajos. Concluamos asegurando que no es habitual encontrarse ante autores no académicos o profesionales que alcancen, al menos en mi opinión, la calidad del libro que he tenido la satisfacción de recensionar.

*Alexander Ugalde Zubiri*

MIGUEZ MACHO, Antonio: *La construcción de la ciudadanía a través de los movimientos sociales. El movimiento obrero en Galicia (1890-1936)*, Fundación 10 de Marzo, Santiago de Compostela, 2007.

La Fundación 10 de Marzo saca a la luz una nueva incursión en el pasado del obrerismo en Galiza, uno de los temas preferentes de una editora especializada en la historia social. Como toda obra, bebe de un esfuerzo colectivo; en esta ocasión, además, éste es producto de un diálogo generacional que ya está dando sus frutos. En la segunda mitad de la presente década, nuevos contemporaneístas de la universidad santiaguesa continuaron trayectos iniciados en épocas pasadas, para abrir cronológica y temáticamente los estudios agraristas propios de su departamento. En este contexto se entienden aportaciones recientes, como las de Ana Cabana, centrada en desvelar las resistencias cotidianas de la sociedad rural gallega, o las de Anxo Collarte o Daniel Lanero, que reconstruyen el engranaje del sindicalismo vertical y su incidencia en el campesinado.

La obra que presenta Antonio Míguez —elaborada a partir de su tesis doctoral— presenta semejanzas y divergencias con las líneas establecidas por esta generación. En cuanto a las primeras, se diría que comparte con todos ellos la elección del marco territorial gallego; se remarca la singularidad de sus dinámicas

sociopolíticas, sin que de ello se derive ninguna voluntad nacionalizadora, ni tampoco ninguna consideración privilegiada del movimiento galleguista. Existe, además, una coincidencia de mayor calado: la preocupación por la *modernización* y el *atraso*. Desde que Fernández Prieto pretendiera cuestionar los tópicos vigentes sobre la postración social y económica de la Galiza de preguerra, las sucesivas investigaciones nacidas de la facultad santiaguesa se vieron obligadas a volver una y otra vez sobre este motivo reabierto. Y si bien las valoraciones finales difieren, también es cierto que las verdades más ramplonas han sido rechazadas: la Galiza rural no ha sido nunca un espacio de puro inmovilismo, y para su comprensión no servía de nada inspirarnos en procesos modernizadores universales, canónicos e incluso inexistentes.

Partiendo de deudas intelectuales como las que venimos de exponer, Antonio Miguez deslinda con toda claridad su proyecto investigador. De partida, apuesta por un tema y un movimiento de ruralidad muy relativas, y lo hace contra la histórica minusvaloración del obrerismo en los estudios agraristas. Dota a los trabajadores urbanos y *vilegos* de una trascendencia social y política que nadie le había concedido, y rebate con toda contundencia aproximaciones anteriores. Esta actitud es infrecuente —más aún en un historiador joven— y merece una observación atenta. Utilizando sus propias palabras, se decide por estudiar «el patito feo de la historiografía galaica», con la pretensión de romper la «anomia de discurso». Cualquier declaración de beligerancia teórica y ánimo polemista debe ganar consistencia posteriormente, demostrando la calidad de las propias tesis defendidas. Pero reconozcamos que ya de por sí resulta saludable en un mundo intelectual como el gallego, donde las dependencias económicas y académicas propician tonos exageradamente comedidos.

*La construcción de la ciudadanía...* comienza, precisamente, con una incursión muy decidida en el terreno teórico. Espigando las aportaciones clásicas y recientes, el autor compone un puzle complejo que rompe los sucesivos reduccionismos en materia de movimientos sociales. Si recurriésemos al análisis elaborado por Sidney Tarrow sobre «el poder en movimiento», podríamos decir que la emergencia y el desarrollo asociativos se explican por la conjunción de factores: el obrerismo gallego parte de una determinada composición socioeconómica, pero ésta, de por sí, no desata la organización del descontento. Es necesario, como destacó Stedman Jones, que tal estructura sea *leída* lingüística y culturalmente en términos de humillación y ultraje. La extensión del movimiento necesita también de la organización y ésta, más que un proceso mecánico, se debe a la dialéctica establecida entre los sectores organizados, los oponentes y los aliados. Antonio Miguez perfila un cuadro bastante verosímil de la lógica movilizadora, que sin embargo quedaría incompleto sin calas más profundas. ¿Cuáles son estas? Las que buscan las condiciones estructurales del movimiento social. En este punto irrumpen las aportaciones teóricas más originales y sustanciosas de la obra. Para el autor, apoyado en Jürgen Habermas, el movimiento obrero parte

de la elaboración de una identidad postradicional (y por lo tanto postcomunitaria) en el mundo de la vida, que conduce a una lucha contra las nuevas presiones del Estado y del Mercado. Esta voluntad adaptativa global ante un cambio sistémico explica la inoperancia de la clásica dicotomía de la peor historia social: aquí predominaba una vertiente «más material y economicista» del movimiento, mientras allá reinaba una versión más «política» del mismo. La propia cesura es errónea, dado que el obrerismo fue una respuesta transversal de los asalariados basada «en el deber de reclamar derechos», y no la exigencia concreta de la aplicación de cierto programa político. Y precisamente porque la conciencia de clase y el movimiento en general son producto de la experiencia de la organización y la lucha, el obrerismo (expresado sobre todo a través de las fuerzas sindicales) no sólo populariza sus exigencias doctrinarias más conocidas (democratización e igualdad social). También teje una red asociativa que da respuesta, en el terreno práctico, a la dimisión del Estado. El esfuerzo alfabetizador, las formas de ayuda mutua que sostienen las huelgas prolongadas, o la batalla denodada contra expresiones de cultura popular consideradas «denigrantes» (como el carnaval o las encerradas) son también partes sustantivas del movimiento.

De la inspiración teórica a la reconstrucción empírica no hay demasiada distancia en la investigación, y por lo tanto el descenso no es abrupto. Hablábamos al comienzo de la voluntad colectiva de evitar adhesiones a una modernización canónica. En este caso, el trabajo con fuentes primarias y secundarias arroja luz sobre un proceso modernizador en el sentido fuerte de la palabra, pero que cobra además tintes singulares. Durante los años de la Restauración y la II.<sup>a</sup> República, Galiza vive un proceso de mudanza radical apoyado en las migraciones masivas a las ciudades y a los países de ultramar; en la desintegración del gremialismo y el desarrollo de una industrialización que salpica el territorio en varios focos; y en la emergencia de identidades postradicionales que se conjugan o pelean entre sí, rompiendo el monopolio comunitario-religioso de la conciencia. Se trata, en definitiva, de una modernización geográficamente policéntrica (donde varias ciudades y *vilas* ejercen influencia semejante), internacionalizada hacia América más que hacia Europa, y relativamente urbanizadora, por cuanto alimenta ciudades que viven penetradas por el campo. El autor descubre, reconstruyendo minuciosamente sus trayectorias vitales y militantes, quienes fueron los líderes del obrerismo galaico: antiguos campesinos que emigran a las ciudades y encuentran en los sindicatos y su entramado asociativo un entorno integrador que los adapta a las claves de su nuevo mundo. Esta aportación ratifica, por una parte, que la participación en los movimientos sociales procede siempre de la *distancia reflexiva*, ese punto intermedio entre el sometimiento puro e inconsciente a unas condiciones degradantes, y la plena integración ascendente en un determinado estado de cosas. Por otra parte, como el libro expone con toda claridad, el distanciamiento entre agrarismo y obrerismo no se debe a diferencias sociales de origen. Los participantes de ambos movimientos comparten raíces, geografías y códigos cultura-

les, pero chocan por sus respectivas propuestas: la defensa del comunitarismo y las relaciones de paternalismo y deferencia, asentadas en la parroquia como célula básica, no podían ser conciliables con la exigencia de derechos, que segmentaban la comunidad en favor de la solidaridad de clase.

Como nos relata el libro, el movimiento obrero renovó sustancialmente la cultura política de Galiza en casi 50 años de vida, antes de perecer de muerte violenta en 1936; cambió también, por supuesto, las particulares condiciones de vida de los miles de obreros que integraron sus filas. Su contingente de apoyo lo constituyeron ciertos sectores de la población asalariada de origen aldeano, mayoritariamente ligados al trabajo manual, y abiertos de forma progresiva a la participación de asalariados de «cuello blanco», y segundas generaciones de proletarios enteramente urbanos. La clase obrera gallega, como nos explicó Thompson al estudiar el ejemplo inglés, se construyó andando. Su cauce de expresión fue más sindical que partidario, y el enfrentamiento entre dos ramas definidas (anarquismo y socialismo) se debió más a lideratos y tradiciones locales que a verdaderos choques tácticos y doctrinarios. Para comprender su conformación madura —nos dice el autor— habría que atender a como lo influyeron opositores y amigos. Así, no empatizó demasiado con la causa nacional gallega porque veía en sus dirigentes unos valedores entusiastas del verticalismo comunitario y de las costumbres «embrutecedoras»; y por el contrario, se valió de una fructífera amistad con la pequeña burguesía republicana para ablandar los golpes represivos e incidir en la gobernación local. Estas reflexiones que abre el libro acaso merecieran una incursión más detallada. Sería interesante profundizar en el grado de identificación entre obrerismo y republicanismo, siguiendo el camino iniciado por autores como Antoni Domenech, y responder una pregunta aún abierta: ¿Son los distintos socialismos una simple prolongación de la tradición «fraterna» que inauguran las revoluciones liberales o, por el contrario, apuntan a su negación? *La construcción de la ciudadanía...* sugiere (sólo sugiere) la primera tesis. En todo caso, demuestra el potencial de los estudios particulares para alumbrar cuestiones de alcance universal.

*Antom Santos*

AGIRREAZKUENAGA, Joseba (dir.): *Diccionario biográfico de los Alcaldes de Bilbao*, 3 vols., Ayuntamiento de Bilbao, Bilbao, 2002-2008.

La validez de los estudios prosopográficos y otras investigaciones de base biográfica han alcanzado una importancia considerable en los últimos tiempos en la historiografía europea. El elemento variable en la historia lo toman los individuos y la gestión de los mismos, a partir de la creación de redes y relaciones. A

pesar de que el nivel local conlleva limitaciones evidentes, ya que no puede ser la única variable a tener en cuenta, también es cierto que las conductas y comportamientos de sus personajes nos dan unas pautas de comportamientos muy importantes que nos ayudan a conocer mejor el transcurso de la intrahistoria. En definitiva, lo local viene a ser una construcción arbitraria al igual que lo regional, lo nacional, lo estatal, etc.

Esta colección de tres obras que comentamos es fruto de años de rigurosa investigación llevada a cabo por un equipo de historiadores dirigido por el Catedrático de Historia contemporánea Joseba Aguirreazkuenaga y más tarde (desde el volumen III) también por el Catedrático de la misma disciplina Mikel Urquijo. Es este un equipo de investigación que desde hace más de una década se ha dedicado a la redacción de diccionarios biográficos de las élites políticas, caso del *Diccionario biográfico de los parlamentarios de Vasconia. 1808-1876*, Vitoria-Gasteiz, Eusko Legebiltzarra-Parlamento Vasco, 1993; *Diccionario biográfico de los Diputados Generales, burócratas y patricios de Bizkaia*, Bilbao, Bizkaiko Batzar Nagusiak-Juntas Generales de Bizkaia, 1995 y *Eusko Ikaskuntza: Diccionario biográfico (1918-1998)*, San Sebastián, Eusko Ikaskuntza, 1998.

Aunque el trabajo es colectivo y de equipo, las voces biográficas aparecen firmadas con las iniciales de los autores. Las biografías presentan un rico análisis de la vida y la gestión municipal de los Alcaldes de Bilbao a partir de fuentes bibliográficas, archivísticas, hemerográficas, iconográficas, actas del Ayuntamiento y documentos anexos y algunas entrevistas. Los tres volúmenes siguen un mismo discurso narrativo: después de una introducción de la época a la que se refiere cada volumen se presenta la selección de los alcaldes, que se ha hecho a partir del criterio del nombramiento. Las biografías presentan también una ficha técnica que va desgranando cinco variables: el círculo familiar, la base material (patrimonio y hacienda), el círculo social-cultural (formación), la gestión municipal desarrollada y finalmente las fuentes y bibliografía específica utilizada. Se aporta además un retrato o fotografía y la firma de cada uno de los personaje, además de enriquecerse la narración con otras ilustraciones de la época, sobre todo para los casos de los volúmenes II y III. Este modelo biográfico genérico permite una comparación interna de contenidos de las diversas narraciones.

La obra abarcan el período que transcurren entre 1836 y 1979, casi un siglo y medio de historia que se divide en tres grandes etapas (correspondiendo cada una de ellas con un volumen):

1. El primer volumen, *Diccionario biográfico de los Alcaldes de Bilbao y gestión municipal en tiempos de la revolución liberal e industrial (1836-1901)*, Bilbao, 2002 (647 pp.), inicia con una introducción general donde se presenta el *Observatorio Bidebarrieta* de Historia de Bilbao, dentro del que se desarrolla el programa Bidebarrieta Kulturgunea del área de cultura y turismo del Ayuntamiento

de Bilbao en el que se inscribe este volumen. Continúa con los fundamentos epistemológicos de las historias locales y microhistorias en Vasconia. A continuación se presenta un breve estudio sobre el nacimiento de Bilbao como objeto y categoría historiográfica y su desarrollo en el siglo XIX y XX; la ciudad sufrió un duro asedio pero resurgió a través de un desarrollo económico formidable que dio paso a la ciudad industrial que llega a día de hoy. Se refiere luego a los Alcaldes de Bilbao en tiempos de la revolución liberal e industrial, a la población y sociedad de la ciudad, los nuevos imaginarios políticos y finaliza explicando la metodología utilizada.

A continuación se analiza la vida y gestión pública en el Consistorio de los cuarenta y dos personajes que se repartieron los sesenta mandatos de alcalde que se sucedieron en estos sesenta y cinco años. Todos ellos eran representantes directos de la burguesía y de las clases más pudientes de la ciudad, con una inclinación política monárquico-liberal. Esta saga de alcaldes decimonónicos inicia con Ambrósio Orbegozo y finaliza con Felipe Alonso de Celada.

El volumen se cierra con las fuentes y bibliografía general consultada.

2. El segundo volumen, *Diccionario biográfico de los Alcaldes de Bilbao y gestión municipal en tiempos de revolución democrática y social (1902-1937)*, Bilbao, 2003 (411 pp.), inicia de nuevo con una introducción a la época, un intervalo de tiempo de treinta y cinco años donde la industrialización transformó la ciudad de Bilbao en la verdadera capital de la provincia; la construcción del Ensanche y la aparición de los barrios obreros y marginales vendrían a ser la respuesta a los cambios sociales y políticos caracterizados por la irrupción de las clases populares en la política. En el Ayuntamiento, el espectro político estuvo cubierto por diferentes minorías (nacionalistas, socialistas, republicanos) y la segmentación de los distritos electorales era algo evidente. La variedad ideológica de los diferentes mandatos está en consonancia con el renacimiento cultural que caracterizó el período y donde la revista *Hermes* vino a ser un ejemplo de pluralidad. Fueron estos años de cambio y progreso, de huelgas obreras y la extensión de la ciudad, que se anexionó Deusto, Begoña y Lutzana. El Bilbao democrático se dejaba sentir.

Tras la breve referencia a los autores se pasa a presentar las biografías de los veinte alcaldes que se sucedieron durante igual número de mandatos, iniciando la saga el liberal Baldomero Villasante y finalizándola el republicano Ernesto Erco-reca Regil. En este elenco se encuentran tanto representantes que desarrollaron importantes gestiones para dotar a la ciudad de las nuevas necesidades que demandaba la época, infraestructuras propias de una ciudad moderna, hasta los que simplemente se limitaron a pasar por el cargo con una gestión administrativa muy ordinaria, pasando por aquellos que tuvieron como preocupación la población más desfavorecida.

Tras la relación de las fuentes y bibliografía general, el volumen se cierra con los índices onomásticos (volumen I y II) y una breve referencia a los autores.

3. El tercer y último volumen, *Diccionario biográfico de los Alcaldes de Bilbao y gestión municipal en la Dictadura (1937-1979)*, Bilbao, 2008 (540 pp.), sigue la misma estructura narrativa. En la introducción se presenta el convenio de colaboración entre el Ayuntamiento de Bilbao y el Departamento de Historia contemporánea de la UPV/EHU a la que pertenece el equipo de investigación que ha elaborado este trabajo, en el que se circunscribe este último volumen. Se contextualiza la época, un tiempo lleno de penalidades donde el Alcalde era un delegado gubernativo más y donde la legitimidad democrática del mismo desaparecía. A continuación, se presentan las cuentas y presupuestos del Ayuntamiento de este período, donde destacamos la relación de gráficos que aparece sobre la evolución de los ingresos y gastos del Consistorio para diferentes aspectos sociales, una valiosísima información estadística para el estudio de la ciudad durante esta época.

La relación de los Alcaldes de este espacio de tiempo de cuarenta y dos años suma un total de diez personajes, todos ellos protagonistas en la Guerra Civil y que se sucedieron durante un igual número de mandatos, iniciando la lista de alcaldes franquistas José María Areilza Martínez y cerrando el período José Luis Berasategui Goicoechea. La primera mujer al frente de la alcaldía bilbaína ejerció durante este período, Pilar Careaga Basabe (1969-1975).

Durante estos años los problemas eran evidentes para los gestores municipales y a pesar de que algunos alcaldes intentaron salvarlos, carecían de los recursos necesarios. El nuevo Estado franquista los había limitado mucho, incluso a nivel local, una muestra más del control del Gobierno de todos los niveles de poder.

Los alcaldes bien relacionado tenía más posibilidades de conseguir financiación y es aquí donde destaca la ciudad de Bilbao, ya que la mayor parte de sus responsables tuvieron acceso a ciertos recursos ministeriales. Se decía que una característica generalizada de la urbe era la *neguridad*: siete de los diez alcaldes del período provenían de los círculos político-económicos de Neguri, es decir, contaban con importantes relaciones a nivel gubernamental.

El volumen cierra de nuevo con las fuentes y la bibliografía general y con un práctico índice onomástico.

A lo largo de los tres volúmenes a través del personaje Alcalde se busca reconstruir una microhistoria que lleve a interpretar los sucesos importantes desde la actuación de sus actores principales. Además, para el caso de Bilbao esta obra viene a cubrir un vacío importante, ya que casi no existen investigaciones históricas referidas a este Ayuntamiento; se avanza en el conocimiento del Consistorio bilbaíno a través de sus protagonistas, de su intrahistoria.

Otro objetivo perseguido en la obra y que ha sido holgadamente conseguido es el hecho de situar la obra al nivel de la historiografía comparada. A partir de esta edición tanto las enciclopedias como los diccionarios de base biográfica volverán su atención a Bilbao incorporando la nueva información que se aglutina en

esta trilogía, un imprescindible instrumento de trabajo para historiadores, políticos y sociólogos referidos a la Historia contemporánea. La obra supera así con creces su principal objetivo, la producción de una infraestructura historiográfica.

*Margarita Barral Martínez*

CARNICERO HERREROS, Carlos: *La ciudad donde nunca pasa nada. Vitoria, 3 de marzo de 1976*, Gobierno Vasco, Vitoria-Gasteiz, 2007, 162 pp.

GONZÁLEZ DE LANGARICA MENDIZÁBAL, Aitor: *La ciudad revolucionada. Industrialización, inmigración, urbanización (Vitoria, 1946-1965)*, Ayuntamiento de Vitoria-Gasteiz, 2007, 215 páginas.

Es un lugar común referirse como vacío historiográfico solemne de la producción de los historiadores vascos a la ausencia casi total de estudios sobre el franquismo y sobre los cuarenta años que éste duró también en nuestro «pequeño país». A veces hemos dicho que era una manera supuestamente sutil de hacer como si éste hubiera sido simplemente una imposición sin soportes sociales ni historia «ordinaria» entre los vascos. Nada mejor que historiar únicamente la oposición al régimen para convertirlo en ajeno a nosotros. Al cabo de los años y de dar esas explicaciones, queda claro que la realidad es ya otra: desconocemos casi todo del franquismo en el País Vasco, sobre todo, por una falta de ganas que empieza en el hecho de tener que construir casi de la nada toda la trama empírica, factual, sobre la que levantar teorías. Un trabajo al que creemos solo están llamadas las nuevas generaciones de historiadores vascos, reservándonos los de más edad periodos más trillados donde las teorizaciones reiteradas, especulativas o revisionistas de nuestros propios escritos anteriores son más llevaderas y cómodas que las pesadas horas de archivo.

Afortunadamente, empezamos no solo a contar con el interés de esas nuevas generaciones sino que algunos de las mismas aceptan las invitaciones para meterse en ese atractivo lío. Todavía hace poco que nuestros colegas navarros —habitualmente más atentos a la novedad que nosotros los vascongados—; así pasó con otro vacío historiográfico: el de la dictadura primorriverista —publicaron un trabajo dirigido por Mari Mar Larraza donde presentaban diversos textos expresivos de la existencia de un grupo de historiadores dedicados al franquismo en la provincia vecina: *De leal a disidente: Pamplona, 1936-1977* (Eunate, Pamplona, 2006)—. Entre nosotros no hay mucho más que algún estudio institucional (la Diputación guipuzcoana, de Arrieta y Barandiarán; la tesis inédita de Calvo Vicente sobre esa provincia y algunos artículos de esa autora), de historia local (Irún, de Barruso; Baracaldo, de Canales) o de sociabilidad y asociacionismo ve-

cial (en el Gran Bilbao, de Urrutia y de Pérez Pérez), además de los clásicos abordamientos de las oposiciones obreras, sindicales, nacionalistas o de otro género, o trabajos sobre cuestiones de orden económico.

En la aportación alavesa —y entramos al asunto de los dos libros a comentar—, hasta la fecha, destacaban dos trabajos muy distintos entre sí que encaraban dos cuestiones muy principales de esos cuarenta años, aunque todavía no básicas (por elementalmente necesarias) para el conocimiento de la época: el del geógrafo Pedro M.<sup>a</sup> Arriola sobre la creación urbanística de la moderna Vitoria, desde los últimos años cincuenta del siglo XX, y el del periodista José Antonio Abásolo sobre los hechos del 3 de marzo de 1976 y su influencia posterior en la política y el sindicalismo de la Transición en Álava. Me refiero a los títulos *La producción de una ciudad-máquina del capital. Vitoria-Gasteiz* (UPV-EHU, Bilbao, 1991) y *Vitoria, 3 de marzo. Metamorfosis de una ciudad* (Diputación Foral de Álava, Vitoria, 1987), respectivamente. Dos trabajos muy distintos y muy notables, que han pervivido y perviven aún tanto en su aportación empírica como interpretativa. Curiosamente, los dos libros que ahora comentamos se incorporan a su estela y, al cabo de veinte años, insisten en las tesis principales sostenidas por aquéllos. En ese sentido, el importante valor de estas dos últimas publicaciones no es tanto de innovación en las conclusiones fundamentales como de aportación de nuevas fuentes, de mayor perspectiva e incluso de simplificación discursiva, lo que les ha convertido en sendos éxitos de ventas a nivel local.

Con *La ciudad revolucionada*, Aitor González de Langarica recorre la tripleta de «industrialización-inmigración-urbanización» que explica la radical transformación de Vitoria en sus componentes humanos, en su espacio físico urbano y en sus manifestaciones cotidianas y escala de valores. Lo hace «bajando» a la «resaca» de la posguerra, al momento en que comienza una leve recuperación de la economía vitoriana y, antes de que lleguen las factorías y talleres a finales de los cincuenta, se puede apreciar la importancia por sí mismo de un sector fabril a cargo de los vitorianos. Así podemos distinguir lo preexistente de lo que vino con el «boom» industrializador posterior, y la manera como se integraron esos dos sectores del empresariado local. El autor repasa de nuevo la cadena de oportunidades que propiciaron aquel despegue (posición en el mapa, suelo, agua, comunicaciones, fiscalidad, administración, mano de obra, formación profesional...) y se detiene en las decisiones estratégicas de los políticos franquistas locales y provinciales que consolidaron esas ventajas (sobre todo, la *Moción sobre designación de zonas industriales*, de enero de 1956). Un aspecto tan desconocido aún como las respuestas preventivas a la inmigración por parte del Secretariado Diocesano dirigido por Carlos Abaitua es apuntado aquí y abre un campo de investigación tremendamente sugerente. El libro termina con una auténtica joya: el vaciado del Registro Mercantil alavés entre 1946 y 1965 que, acompañado de un índice onomástico, permite cruzar nombres y empresas, y seguir la trayectoria de sujetos y de estrategias de las que todavía no habíamos oído hablar. En definitiva, un tra-

bajo primerizo, que no lo parece, y que abre un vasto campo de análisis desde perspectivas hartamente diversas (socioeconómicas, culturales, de valores, de percepciones identitarias, sobre el poder y la disidencia dentro de la dictadura...).

Aquella «ciudad revolucionada» en sus estructuras socioeconómicas tardó casi un cuarto de siglo en manifestarse contradictoria internamente y en otorgar el lógico protagonismo y visibilidad a la numerosa nueva clase obrera industrial que había creado. Eso ocurrió definitivamente durante las huelgas fabriles comenzadas en enero de 1976 y desembocadas trágicamente en los sucesos del 3 de marzo de ese año. Hasta entonces, Vitoria era *La ciudad donde nunca pasa nada*, como titula Carlos Carnicero su libro, echando mano del comentario que la víspera de la tragedia hizo José Antonio Zorzalejos (padre), enviado por Fraga para asesorar a un desolado gobernador civil. Siguiendo la estela de Abásolo, Carnicero ordena las conclusiones de aquel trabajo, se favorece de la proyección en el tiempo, relaja las lógicas necesidades empíricas del trabajo del periodista, afirma rotundo conclusiones poco discutibles, recoge nuevas fuentes orales y aporta otras visiones complementarias a partir de nuevas fuentes. En concreto, fuentes policiales y de gobernación hasta ahora inéditas: del Archivo General de la Administración, del Histórico Nacional referidas al Ministerio del Interior y los boletines de información de la Comisaría General de Investigación Social (la policía secreta).

Lo interesante de esas nuevas fuentes es que constatan cómo la lectura del conflicto vitoriano que hicieron la policía y los servicios secretos —y, finalmente, los responsables políticos— se apoyaba en una tesis revolucionaria: Vitoria aparecía como punto iniciador de una revuelta generalizada que se extendería a otras poblaciones y que trataría de poner en cuestión la buena voluntad de la mal llamada «reforma Arias». Curiosamente, esta tesis revolucionaria alimentaría la percepción tanto de algunos líderes obreros muy radicalizados como de la propia policía y de los responsables políticos locales llamados a responder al conflicto. Sin embargo, lo que queda claro del relato de los hechos y del análisis posterior de éstos es que los líderes de la oposición sindical se iban sorprendiendo a cada paso de la radicalidad espontánea que iba adquiriendo la huelga, mientras en el otro lado, una vez agotada la «solución indolente» —dejar podrir el conflicto—, se iba tomando conciencia de que el vitoriano no era uno más, y de los menos importantes, de los numerosos pulsos que la oposición le estaba echando al primer gobierno de Juan Carlos. Cuando se quiso poner remedio a la indolencia ya fue tarde: los acontecimientos adquirirían una insólita autonomía y ritmo. Si la mantanza fue la brutal respuesta a lo que cada vez se percibía como más peligroso es algo que con las informaciones actuales no podemos afirmar. Posiblemente la falta de experiencia en el manejo de conflictos, tanto por parte de una clase obrera que se estaba construyendo en esa misma huelga, como de un empresariado paternalista, autoritario y desacostumbrado a que su poder se cuestionara, como también de unas autoridades políticas y policiales absolutamente miopes y al final desbordadas, expliquen que lo que solo era un conflicto laboral acabara en una

supuesta amenaza de revolución y, de verdad, en una masacre, en «la paliza más grande de la historia» (que dijo ¿atónito?, ¿jactancioso?, ¿atemorizado?, un policía por su emisora de radio).

*Antonio Rivera*

ROBLEDO, Ricardo (ed.): *Esta salvaje pesadilla. Salamanca en la Guerra Civil española*, Crítica, Barcelona, 2007.

Asistimos, desde hace algunos años, a un intenso debate sobre la memoria histórica de la Guerra Civil, debate que tiene lugar sobre todo en el terreno político, pero que, como no puede ser menos, implica de lleno a la profesión histórica. Pero ocurre que esa implicación no lleva aparejada, como podría —de forma lógica— parecer, una apelación al trabajo de los historiadores, seguramente uno de los colectivos (junto al más importante, el de las víctimas) más directamente interesados en el mismo, salvo que se entienda por tales a la colección de falsarios revisionistas que tanto éxito editorial y tanto refrendo mediático conocen. Que panfletos sin rigor tengan más influencia en el sentir ciudadano que el producto de tantas investigaciones serias debería hacernos pensar. Y es una pena, porque a veces basta con que a los historiadores se les deje hacer su trabajo para que pudieran hacer muy buenas contribuciones a una interpretación cabal de esos años.

Una de estas últimas es el objeto de esta reseña: una colección de excelentes trabajos sobre algunos aspectos de la República y la Guerra Civil en Salamanca, epicentro de la rebelión franquista en los primeros momentos del conflicto, sede de su cuartel general y algunas cosas más. Entre ellas, el ser una provincia de lo que podíamos llamar la España profunda, tradicional, ese «oasis de paz» que, como bien cuenta Josep Fontana en el prólogo, aparecía ante los ojos de muchos visitantes extranjeros como una ciudad apacible, tranquila y hasta aburrida, seguramente porque no atendían a ver el trasfondo, marcado por el miedo de los vencidos.

Recuperar ese trasfondo es una tarea del historiador cuando, como decimos, se le deja hacer su trabajo. Que todavía haya que superar múltiples dificultades para hacer tarea tan elemental debería ser otro motivo de reflexión para los historiadores y sobre todo, para los destinatarios del mismo, la sociedad a la que sirven. Como bien dice el coordinador de la obra (y, al tiempo, autor de algunos de sus epígrafes), Ricardo Robledo, recuperar la «memoria rota» de la Salamanca de ese tiempo ha sido uno de los objetivos de estas investigaciones, pues durante mucho tiempo (excesivo tiempo, diría yo) no hemos podido acceder a una reconstrucción mínimamente fiable de lo que pasó desde el momento del golpe hasta el

final de la guerra, en especial en lo relativo a la represión desatada desde los primeros instantes.

Uno de los capítulos más extensos del trabajo que comentamos, el dedicado a esta cuestión, lleva por título «Que no se olvide el castigo» y es una ampliación de otro trabajo anterior de los mismos autores, Santiago López y Severiano Delgado. A través de él, podemos completar —con las fuentes hasta ahora disponibles— el mapa de la represión en Salamanca, una represión durísima en el espacio y en el tiempo, que mostraba la clara intención de los sublevados de crear un orden nuevo, un país nuevo en el que no tenían cabida desde el principio todos aquellos que simplemente se atrevieran a disentir. Como muy bien señalan los autores, «entraba en los planes de Mola que la sublevación militar fuera en extremo violenta desde el primer momento, pero los militares rebeldes, al mismo tiempo que asumían todos los poderes del Estado con el objetivo declarado de reforzar la autoridad del Estado, lo que hicieron en realidad fue lo contrario: además de provocar en el territorio gubernamental la revolución social que decían querer evitar, en el territorio por ellos controlado se suprimió la vigencia del ordenamiento jurídico en sus aspectos más esenciales: el derecho a la vida y a la libertad». Y eso, en una provincia como la salmantina, un entorno moderado y conservador, donde la República no había producido episodios revolucionarios, sino más bien todo lo contrario: una resistencia numantina de los poderes tradicionales a su mero cuestionamiento.

Esta es la otra clave de los trabajos contenidos en este volumen, que no sólo sirven para recuperar esa memoria rota de la que hablábamos antes, sino que, como toda obra rigurosa, aportan nuevos planteamientos por los que dirigir la investigación. Un resumen de los mismos estaría en la cuestión que sintetiza la pregunta hecha por Fontana en el prólogo: «por qué en esta Castilla azul en que no había ocurrido en los años de la República nada que pudiese considerarse una amenaza revolucionaria, y en que no puede ni siquiera decirse que llegase a existir guerra civil, pudo producirse tanta violencia y tanta muerte». Esa violencia y esa muerte están ampliamente documentadas en el capítulo dedicado a la represión anteriormente comentado, pero también aparece reflejada otros capítulos, por ejemplo los dedicados a los avatares biográficos de determinados protagonistas de esta etapa.

Dos de ellos lo fueron, diríamos, a su pesar: el alcalde de la capital, Casto Prieto Carrasco y el diputado y ex-ministro, Filiberto Villalobos. Del segundo, ya contábamos con amplia información (gracias a la excelente biografía de Antonio Rodríguez de las Heras y al trabajo colectivo coordinado por Ricardo Robledo, titulado *Sueños de Concordia: Filiberto Villalobos y su tiempo*). Ahora contamos con una ampliación de su biografía (en el trabajo de los profesores Manuel Redero y Josefina Cuesta), que cubre el periodo posterior a su detención y encarcelamiento y nos pone en la pista de las enormes dificultades que tuvo un político reformista pero conservador y católico para poder salvar su situación y reintegrarse.

grarse a una imposible normalidad, marcada por el aislamiento y el refugio en lo privado. Sólo su muerte en 1955 permitirá, en un contexto menos tenso, una mínima muestra de respeto, tal como se vio en la respuesta dada por los salmantinos en su funeral.

Peor suerte corrió Casto Prieto Carrasco, médico y catedrático, alcalde y diputado, militante de Acción Republicana, detenido nada más iniciarse el golpe y asesinado tras una saca de la cárcel junto al socialista y también diputado Andrés Manso el 29 de julio. En la obra que reseñamos se publican por primera vez los escritos realizados desde la cárcel por Prieto, unas *Cartas* y un *Diario*, algo que para el coordinador (y autor de este capítulo) justificaría por sí solo la edición del libro, en una afirmación que entiendo pretende situar como símbolo de lo que aún queda por hacer el explicar las razones de esta sinrazón.

Eso no pudo hacerlo Unamuno, desbordado por la marcha de la guerra y sumido en un profundo desconcierto, como muestra el estudio del seguramente mejor conocedor de la etapa final del gran filósofo y pensador, Luciano González Egido. Reflexionando sobre lo que fue su postrer trabajo, inconcluso, las *Notas para un posible libro sobre la guerra, El resentimiento trágico de la vida*, el profesor González Egido nos acerca a las múltiples contradicciones que se le vinieron encima al último Unamuno, que se nos muestra «al desnudo», sin retórica y con una tremenda inmediatez de respuesta ante todo lo que le ocurre entre agosto y noviembre de 1936. Y lo que ocurre es como un cataclismo que le deja sin argumentos, horrorizado y angustiado ante lo que está viendo y sintiendo, en especial, ante los efectos de la represión que toca tan de cerca a conocidos y amigos suyos. Pero sobre todo, se encuentra enfrentado ante sí mismo, ante el horror de haber apoyado y, lo que es peor, sostenido con su actitud pública el naciente Régimen. Y, lo que es más grave para alguien tan convencido de su capacidad de conocer y entender todo: se queda sin explicaciones, incapaz de comprender la historia contemporánea de España, ve cómo la realidad histórica desmorona y barre sus ideas, dejándole sin ninguna defensa posible.

Tres biografías, tres reflejos de las consecuencias de la desgracia que supuso el golpe y la guerra y la represión iniciadas por él, pero también tres ejemplos que podían muy bien servir en un debate muy actual sobre el significado de la guerra. Especialmente si los unimos al capítulo ya reseñado sobre el terror que se abate sobre la provincia salmantina. El horror de Unamuno, enfrentado a la insalvable contradicción de haber apoyado un régimen que le repugna en los últimos momentos de su vida, el exilio interior al que se ve abocado Filiberto Villalobos, el infame asesinato del médico republicano Casto Prieto, la represión durísima que se abate sobre toda hipotética disidencia. ¿Por qué en un entorno tan moderado, tan fácilmente controlado por los poderes tradicionales? El análisis de este entorno, del laboratorio que puede ser la provincia salmantina, resulta revelador. Son esos poderes los que, desde los primeros momentos de la República, manio-  
bran con enorme fuerza para que no pueda prosperar el cuestionamiento del *statu*

*quo* tradicional: el orden, la religión, la propiedad, la autoridad no pueden perder su predominio en la provincia.

Una «estrecha vinculación entre propiedad de la tierra, religión y prensa católica» estará en la base de una amplísima movilización que ya se inicia antes de la llegada de la República y que permite poner al «campo en pie» y recurrir a la organización eclesial para extender la movilización antirrepublicana hasta el último rincón de la provincia. De esta forma, como indican los capítulos dedicados al análisis de la política y la reforma agraria (obra de Ricardo Robledo y Luis Enrique Espinoza) y a la Iglesia salmantina (obra de Ricardo Robledo), se pudieron primero paliar de forma rapidísima los efectos de las elecciones municipales del 12 de abril, llevando a la Cámara enseguida una nutrida representación conservadora, preludio del posterior triunfo en las elecciones de 1933 y, en gran medida, de las de 1936. Sería bueno que los falsos revisionistas actuales prestaran atención a la desmedida importancia que en la provincia salmantina tiene el pensamiento integrista, fundamentalista y anti-democrático desde los inicios de la República, cómo se organizan, eso sí, de forma ya no tradicional, confiando en los valores del viejo clientelismo, sino adaptándose rápidamente a la política de masas, utilizando sus enormes recursos previos y con la Iglesia y la prensa católica de indisimulados arietes. El populismo agrario, la defensa de la tradición aparecen entonces como simples instrumentos tácticos que no tienen otro destino que servir al objetivo fundamental: revertir el poder a sus «legítimos» dueños.

A esos efectos, es interesantísimo observar lo ocurrido con uno de los personajes que hemos citado, Filiberto Villalobos. En el epígrafe realizado por Santos Juliá, se bucea en la oposición entre el moderado republicano y el insigne caudillo conservador, Gil Robles, con la cuestión educativa como fondo. Juliá insiste en algo ya conocido: la presencia de Villalobos era incompatible con la estrategia diseñada por las derechas en sus primeros esbozos (en noviembre de 1931) y en su fase final en noviembre de 1934: «apoyar a Lerroux primero, colaborar con Lerroux después, sustituir a Lerroux más tarde». ¿Con qué objetivo? Rectificar la República en especial en lo referente a las relaciones con la Iglesia y a la enseñanza religiosa. En ese contexto, la política desplegada por Villalobos desde el Ministerio de Instrucción Pública, enormemente respetuosa con los principios constitucionales, proporcionaba la excusa perfecta. Pero creo que debe añadirse un dato más, que aparece sólo tangencialmente en este análisis y que nos remite de nuevo a la importancia de lo local: la rivalidad política entre Gil Robles y Villalobos en la política salmantina, o mejor entre Villalobos y lo que su figura representaba y el enorme poder de las derechas salmantinas. Es realmente sorprendente que en las elecciones de 1933, sobre todo, y en las de 1936 con algo menos de intensidad, el enemigo a batir por la CEDA sea precisamente Filiberto Villalobos. Sobre todo si comparamos los recursos a disposición de uno y otros candidatos y la diferente manera de encarar los procesos electorales. En otro lu-

gar hemos sostenido la tesis de que Villalobos cometió el garrafal error de seguir fiando su influencia política a los mismos mimbres que le habían permitido triunfar en la Restauración (y romper de verdad el turno clientelar en un contexto enormemente difícil) y en el primer envite electoral republicano. No olvidemos que en 1931, Filiberto Villalobos es la primera fuerza electoral de la provincia: y decimos Villalobos y no su partido (el Partido Republicano Liberal Demócrata) porque está claro que básicamente él era el partido en Salamanca. No supo, no quiso o no pudo (quizás las tres cosas a la vez) entender que en un contexto político radicalmente diferente, debía modernizar su manera de hacer política, hasta entonces marcada por el personalismo y la existencia de una red (aún por estudiar) básicamente de apoyos también personales. Eso no bastaba para hacer lo que el momento exigía, política de masas. Sus contrincantes lo entendieron muy bien desde el primer momento: él no. Pero hay algo más, que nos lleva al epicentro de esa hostilidad: apartar a Villalobos de toda influencia política en la provincia era necesario para los «rectificadores» de la República porque su sola presencia demostraba la posibilidad de una política liberal, democrática, reformista y alejada de toda tentación revolucionaria, es decir, demostraba la posibilidad de la pervivencia de la propia República. Por eso había que mostrarlo vestido con los peores ropajes: defensor del laicismo, connivente con los socialistas, él que era católico y moderado. Que a pesar de todo esto y, especialmente, de su progresiva inopia política, Villalobos mantuviera el peso político que tuvo hasta el mismo 1936, resulta casi heroico. Quizás por eso había que detenerlo y encarcelarlo nada más producirse el golpe, y reducirle a la nada política hasta su muerte.

Tal acción era congruente con una estrategia que implicaba la imposición de una única visión de lo que era España, la visión tradicional, asentada desde los inicios del siglo xx o aún más atrás. Esa visión se extiende desde Salamanca, con dos instrumentos ideológicos de primer orden: la Iglesia y la Universidad. La primera pudo, por fin, desplegar todo su potencial, acumulado en los decenios anteriores y puesto a prueba en los difíciles (para ella) años republicanos. Los artículos de Ricardo Robledo dedicados al Centro de Información Católica Internacional y a una de sus figuras señeras, el magistral de la catedral salmantina, Castro Albarrán son excelentes ejemplos no sólo de lo importante que fue la Iglesia para la labor de legitimación de la guerra, como ya sabemos desde hace mucho, sino de lo que resulta más importante en el contexto historiográfico actual, en el que desgraciadamente debemos volver a señalar lo obvio: que esa labor de deslegitimación ya había empezado antes de la llegada de la propia República y se alimentó y engordó durante los años previos a la guerra.

Una vez iniciada, como muestra Jaime Claret, la Iglesia contó con un nuevo aliado: la Universidad, entregada a una doble tarea, que ejerció con entusiasmo. Por un lado, ser un instrumento más de represión, empezando por ella misma, depurando a todo aquel que no se sumara al nuevo Régimen. Por otro, proporcionar los ladrillos jurídicos con que construir y legitimar dicho Régimen. Obvia-

mente, de ese doble ejercicio se derivaron beneficios tangibles para sus autores, en forma de prebendas y recompensas, que el autor nos recuerda.

Al fin y al cabo, se trataba de dar una apariencia de conformidad con lo que estaba sucediendo. En esa misma línea, se sitúa todo el proceso de exacciones económicas que acompañó a la guerra y que es acertadamente señalado por el pionero estudio de M.<sup>a</sup> Luz de Prado Herrera. Todo el amplio repertorio de suscripciones e impuestos especiales que se desarrolló durante los años 1936 a 1939 se nos revela en este trabajo no sólo como un expediente de financiación del conflicto, sino como un medio muy útil para ejercer la represión económica y concitar voluntades de la manera más práctica posible. La autora nos muestra la enorme distancia que existía entre un aparente entusiasmo por dotar de medios a la rebelión y una realidad mucho más prosaica, marcada por la coacción, las multas, las protestas, la falta de entusiasmo en un entorno supuestamente volcado a la creación de la Nueva España.

Y es que si algo queda claro tras leer este libro es la importancia que adquiere el contar con instrumentos coactivos para construir el nuevo régimen. Sólo a partir de esa inicial postura coactiva y de su mantenimiento posterior, se puede edificar un régimen que busque el consenso de los convencidos y el desprecio sistemático de los vencidos. En definitiva, nada raro en un estado que se asienta en presupuestos excluyentes, nacidos y vertebrados ya —y no está de más que volvamos a recordarlo— en etapas anteriores a la propia República. Como una muestra de esa construcción de una ideología, o quizás mejor, de una práctica excluyente, podía bastar el capítulo dedicado a un personaje poco conocido fuera del entorno salmantino, pero muy relevante dentro de él: Diego Martín Veloz. El preciso y precioso capítulo que a su biografía dedica el profesor Javier Infante nos muestra la transformación de un «matón de casino» en un «caudillo rural». Militar indisciplinado, hombre enriquecido a través de turbios negocios, personaje bien relacionado en los medios militares (especialmente con Queipo y Primo de Rivera), gran propietario, cacique violento, diputado en varias legislaturas de la Restauración apoyado en un discurso ruralista y anti-liberal, hombre de acción que trasladó a la vida política las formas y el estilo de su pasado de matón, todo eso y mucho más era Diego Martín Veloz. Es verdad que con la llegada de la República, su influencia política aparece diluida, pues él, a diferencia de los nuevos políticos de la derecha, no es accidentalista, sino que sigue presentándose como monárquico, con el resultado previsto. Pero el triunfo del golpe le vuelve a dar protagonismo, porque le sitúa en el marco que mejor conoce: el de la acción violenta, fascizante. Son numerosas las fuentes que le otorgan un papel notable en la escalada represiva que se abate sobre la provincia y aun las que le otorgan un papel de protector (como el que jugó con Villalobos) no hacen sino reforzar la idea de que tenía el suficiente poder como para influir a la hora de matar o perdonar. Lo que quisiera reseñar es que esa la conclusión lógica de su actividad anterior. Al fin y al cabo, él había sido uno más de los promotores de *la escalada de odio* que caracteriza

—como bien afirmaba en su obra Jerzy Borejsza— a los movimientos autoritarios y fascistas europeos y que dio origen a la *salvaje pesadilla* posterior.

*Santiago Díez Cano*

BRESCHI, Marco y POZZI, Lucia (eds.): *Salute, malattia e sopravvivenza in Italia fra '800 e '900*, Società Italiana di Demografia Storica/Editrice Universitaria Udinese [Forum], Udine, 2007.

El presente volumen reúne un conjunto de trabajos presentados en distintas reuniones celebradas en el ámbito de la SIDEs, Società Italiana de Demografia Storica y que se inscriben en la fecunda línea interdisciplinar de estudio de la transición sanitaria, en diálogo con aportaciones al no menos pujante ámbito de la economía biológica.

La SIDEs cumplió treinta años de existencia en 2007 y este volumen resulta un buen indicador de la vitalidad de esta joven agrupación intelectual, sirviendo de carta de presentación (para quienes no estén familiarizados con sus autores) de la nueva generación *senior* de demógrafos históricos italianos, los continuadores de Del Panta y Livi-Bacci por así decir.

El libro contiene trece capítulos (seleccionados entre las comunicaciones a los simposios celebrados en Pavía, septiembre de 2006, y en Alghero, diciembre de 2006 y junio de 2007), todos de autores italianos excepto uno que firman tres españoles, así como una clara y ajustada introducción.

Los cuatro primeros capítulos, por Eugenia Tognotti, Paola Zocchi, Patrizia Guarnieri y Maria Francesca Vardeu, así como el octavo, que firman Josep Bernabeu, Enrique Perdiguero y Josep L. Barona, abordan los cambios institucionales que se produjeron en respuesta a las nuevas percepciones públicas acerca de los problemas de salud y enfermedad entre el último tercio del siglo XIX y el final de la Segunda Guerra Mundial, a distintos niveles. Todos estos autores son historiadores especializados en historia de la medicina y de la salud, con importantes contribuciones a la historia de la enfermedad y de la atención médica y preventiva. Tognotti —una experta en la historia de las enfermedades—<sup>1</sup> expone las lí-

---

<sup>1</sup> *La malaria in Sardegna: per una storia del paludismo nel Mezzogiorno (1880-1950)*. Milano: Franco Angeli, 1998 [reeditada como *Per una storia della malaria in Italia. Il caso della Sardegna*. Milano: Franco Angeli Editore, 2008]; *Il mostro asiatico. Storia del colera in Italia*. Roma: Laterza, 2000; *La spagnola in Italia. Storia dell'influenza che fece temere la fine del mondo (1918-19)*. Milano: Franco Angeli Editore, 2002 ; *L'altra faccia di Venere. La sifilide dalla prima età moderna all'avvento dell'Aids (xv-xx sec.)*. Milano: Franco Angeli Editore, 2006;

neas maestras de las novedades médicas y su repercusión institucional general en Italia. Zocchi, en línea con su experiencia como investigadora de la administración sanitaria municipal,<sup>2</sup> aborda sintéticamente las vicisitudes de la misma en la comuna milanesa desde la derrota napoleónica, poniendo de manifiesto su creciente profesionalización, la unión entre funciones asistenciales y de vigilancia sanitaria y las tardías fechas de aplicación de las normas de saneamiento. Patrizia Guarnieri<sup>3</sup> y Maria Francesca Vardeu,<sup>4</sup> se ocupan de un mismo objeto de estudio, la organización fascista de salud materno-infantil, ONMI, con enfoques complementarios; así, mientras la primera se plantea demoler la tesis historiográfica que asigna a dicha institución el papel original de instancia modernizadora, mediante el análisis de las iniciativas pre-existentes, poco conocidas a su parecer. Su conclusión es que la ONMI funcionó como instrumento de unificación de procedimientos, instituciones y tecnologías anteriores, nacidas a lo largo del primer cuarto de siglo y pertenecientes a la cultura liberal. Vardeu, por su parte, pretende la reconstrucción de las formas de trabajo asistencial, lo que choca con la pérdida de la documentación de contenido clínico tanto en los archivos centrales como locales. Su pesquisa, no obstante, subraya la confusa relación de la nueva institución fascista con las preexistentes, en muchos casos no parece operarse otro cambio que el de nombre, así como la incongruencia entre las informaciones nacionales (publicadas) y locales (de archivo y publicadas). Ofrece una interesante pista historiográfica al señalar como modelo la organización establecida en Bélgica (por lo mismo, convendría que exploráramos con detenimiento la influencia que esta ONMI pudo ejercer sobre los planes de la Obra Sanitaria Materno Infantil del INP español a partir de 1932). El capítulo de Bernabeu, Perdiguero y Barona<sup>5</sup> reflexiona sobre los cambios producidos en la atención sanitaria a los niños

<sup>2</sup> Doctora en 2004, su tesis está publicada: *Il Comune e la salute. Amministrazione municipale e igiene pubblica a Milano (1814-1859)*. Milano: Franco Angeli, 2006.

<sup>3</sup> Ha trabajado sobre historia de la psiquiatría, como muestra su libro *La storia della psichiatria. Un secolo di studi in Italia*. Firenze: Olschki, 1991, y más recientemente aborda temas de historia de la infancia. Así, ha sido editora del número monográfico «Bambini e Salute in Europa 1750-2000 / Children and Health in Europe 1750-2000», publicado por *Medicina & Storia*, 2004 (7).

<sup>4</sup> Vardeu es médica peditra con ejercicio en Cagliari; ha publicado un CD sobre *La cura dell'infanzia in Sardegna, 2000-2005. Storia, studi e tradizioni*.

<sup>5</sup> Los tres, bien conocidos autores en el ámbito hispánico de la historia de la medicina y de la salud, de la antropología médica y de la historia de la población, desde sus respectivos puestos de trabajo en las Universidades de Alicante, Miguel Hernández y Valencia, respectivamente. Bernabeu y Perdiguero tiene una larga tradición de estudios sobre salud infantil (por ejemplo: Bernabeu-Mestre, J. & Perdiguero-Gil, E., «At the Service of Spain and Spanish Children: Mother and Child Healthcare in Spain During the First Two Decades of Franco's Regime (1939-1963)». En: Löwy, I. & Krige, J. (eds.), *Images of Disease. Science, Public Policy and Health in Post-war Europe*. Luxembourg: European Communi-

en la primera infancia en España, deteniéndose en particular en el momento republicano (aunque la falta de fechas hace que para los no avisados el Centro secundario de higiene de Valdepeñas que presentan pueda aparecer como una institución digamos común o abundante en todo el primer tercio del siglo). Resumen diez años de trabajos sobre la materia en los que han ido presentado la superación de diversas barreras tanto en el campo de la prevención, dominante durante la primera mitad del siglo veinte, como en el de la terapéutica y subrayan el papel central en la adopción de medidas de intervención públicas la conciencia de insoportabilidad social del fenómeno de la mortalidad infantil que acompañó al desarrollo de la estadística demográfica.

Los capítulos quinto a séptimo presentan estudios de antropometría histórica en distintas localidades y regiones, a partir del tratamiento empírico de la documentación del reclutamiento militar y están firmados, respectivamente, por Odoardo Bussini y Donatella Lanari; Paolo Cau, Carla Merilla y Lucia Pozzi; y Marco Breschi, Alessio Fornasin y Luciana Quaranta. Cada uno de ellos justifica, con mayor o menor prolijidad, la relevancia de las mediciones corporales en términos de estatura y/o diámetro torácico para el conocimiento del estado de salud y nutritivo de las poblaciones masculinas, discuten la calidad de sus fuentes, incluyendo la toma de registros y cruzan las distintas variables proporcionadas (estatura, sector social y geográfico de procedencia, nivel de instrucción, causa de exclusión total o temporal en su caso). Breschi<sup>6</sup> y colaboradores estudian la zona de Friuli, aunque sin datos de la capital, 1861-1910, e incluyen el precio del maíz entre sus variables, aunque no terminan demasiado felices: piensan que hay que refinar el instrumento. Bussini y Lanari comparan dos cohortes, nacidas en 1881 y 1911, de las regiones de Umbria, Cerdeña y en parte Veneto, incluyendo en sus datos las condiciones sanitarias regionales determinadas en distintas encuestas

---

ties, 2001; 167-186; Perdiguero Gil, E. (comp.), *Salvad al niño. Estudios sobre la protección a la infancia en la Europa mediterránea a comienzos del siglo xx*. Valencia, Seminari d'Estudis sobre la Ciència, 2004). Algunos de sus últimos trabajos han girado en torno a la dimensión internacional de la salud [Barona, J.L.; Bernabeu-Mestre, J., *La salud y el estado. El movimiento sanitario internacional y la administración española (1851-1945)*. Valencia, PUV, 2008] y los problemas de la salud rural [ver los distintos capítulos que aportan a Barona, J.L. & Cherry, S. (eds.), *Health and Medicine in Rural Europe (1850-1945)*. València: Seminari d'Estudis sobre la Ciència, 2004].

<sup>6</sup> Sus importantes contribuciones sobre la demografía toscana y sobre metodología [*La popolazione della Toscana dal 1640 al 1940* (Firenze, 1990); *Il metodo dei figli propri in demografia storica* (con G. De Santis, Bologna 1995)] se han acompañado de numerosas contribuciones en revistas, congresos y simposios. Cf. Un'isola e due popolazioni. Il Giglio tra i secoli XVII e XIX [cofirmado con A. Fornasin y N. Serio]. *Rev Demogr Hist* 2004; 22(2): 105-126; Pozzi, L. Brescho, M. *et al.*, «Socioeconomic condition, health and mortality from birth to young adult age, Italy 19th and 20th centuries», in: *European Population Conference*, 9-12 July 2008 Barcelona.

nacionales; su conclusión es que se ha producido una mejora incontestable en las condiciones de salud, que registra el impacto favorable de la mayor instrucción y desfavorable de la baja calidad del agua o de la abundancia de estancamientos. Cau, Merilla y Pozzi<sup>7</sup> analizan las levas sardas entre 1866 y 1900, acompañando los testimonios publicados de los médicos coetáneos, concluyendo que sus cifras ofrecen una ilustración imperfecta de lo expresado por los contemporáneos.

Los últimos cuatro trabajos, obra de M. Breschi, Stanislao Mazzone, Paola Maria Melis y L. Pozzi; Pier Paolo Viazzo;<sup>8</sup> Breschi y Fornasin<sup>9</sup>; L. Pozzi; y Graziella Caselli<sup>10</sup>, respectivamente, presentan diversos aspectos nuevos del devenir histórico de la población italiana, bien en forma de análisis pormenorizados (mortalidad de los primeros años de vida infantil en Cerdeña), bien en abordajes de conjunto regionales (el retraso de los fenómenos transicionales en la re-

---

<sup>7</sup> Lucia Pozzi, profesora de demografía en el área de Ciencias Empresariales de la Universidad de Sassari, es la vigente presidenta de la SIDeS y una muy activa organizadora y publicista, que cuenta además con una ya larga presencia en España a través de numerosas publicaciones, como Breschi, M.; Pozzi, L.; Rettarou, R. Diferencias en el crecimiento de cuatro poblaciones regionales en Italia, 1750-1911. *Boletín ADEH*, 1996, 14 (1): I-30; Pozzi, L.; Robles, E., «La mortalidad infantil en los años de la transición: una reflexión desde las experiencias italiana y española». *Boletín ADEH*, 1997, 15 (1): 165-199; Manfredini, M.; Pozzi, L., «Mortalità infantile e condizione socio-economica. Una riflessione sull'esperienza italiana Fra '800 e '900». *Revista de Demografia Historica*, 2004; 22 (2): 127-156. Otras recientes publicaciones son Pozzi, L.; Tognotti, E. (ed.), *Salute e Malattia Fra '800 e '900 in Sardegna e nei paesi dell'Europa Mediterranea* (Sassari, 2000). Pozzi, L., «La Lotta per la vita: Evoluzione e geografia della sopravvivenza in Italia fra '800 e '900» (Udine, 2001); Breschi, M.; Pozzi, L. (eds.), *The determinants of infant and child mortality in past European populations* (Udine, 2004).

<sup>8</sup> Según la información que manejo, es antropólogo de formación.

<sup>9</sup> Este doctor en Historia económica y profesor en Udine es un estrecho colaborador de Breschi, y no menos prolífico autor. Algunos de sus más recientes trabajos son: Breschi, M.; Manfredini, M.; Fornasin, A., «Remarriage in a pre-transitional Italian community». *Continuity and change*, 2007; 22 (3): 407-428; Breschi, M.; Fornasin, A.; Quarante, L., «Heights of twenty years old males of Friuli (Italy) born between 1846 and 1890». *Statistica*, 2006; 66(4): 389-413; Breschi, M.; Fornasin, A. (eds.), *Il matrimonio in situazioni estreme: isole e isolati demografici* (Udine, 2005).

<sup>10</sup> Es catedrática de Demografía en La Sapienza y una experta reconocida, de larga presencia en la comunidad internacional (por ejemplo, ha sido presidenta de la Sociedad europea para el estudio de la población, EAPS) y es autora de numerosas monografías y de obras de consulta imprescindibles como *Démographie: analyse et synthèse* (6 vols. París: Institut National d'Etudes Démographiques, 2001-2004)/*Demography: analysis and synthesis: a treatise in population studies* (Amsterdam etc, Elsevier, 2005-2006), que ha codirigido junto a Jacques Vallin y Guillaume Wunsch. Destaca en su trayectoria el estudio de la mortalidad adulta, cf. sus libros coeditados con Alan D. Lopez, *Adult Mortality in Developed Countries: From Description to Explanation* (con T. Valkonen) y *Health and mortality among elderly populations*. (Oxford/New York, 1995 y 1996).

gión alpina, en su contexto geográfico plurinacional) o nacionales con relación a alguna variable (mortalidad diferencial por sexo en las edades primeras y en la edad adulta, comparación infanto-juvenil). Los autores en este caso son demógrafos italianos y constituyen una muestra selecta de la actual generación activa en demografía histórica, muy activos publicistas y en estrechas relaciones de trabajo entre sí, además de destacar su preocupación o gusto por las explicaciones biosanitarias.

Si, por un lado, la tendencia de la demografía es a perfeccionar el conocimiento de los aspectos cuantitativos del devenir poblacional, depurando y complicando los modelos a través del acceso a nuevas fuentes empíricas, potenciando la gestión matemática de los datos y acercándose a la realidad inmediata de los grupos poblacionales territoriales a través de acercamientos microdemográficos, por otro encontramos la necesidad y la posibilidad de refinar los análisis cualitativos en el intento de engarzarlos con fuerza explicativa respecto a los anteriores. Una crítica generalizada a los «modelos» demográficos y epidemiológicos consiste en rechazar su supuesto valor universal, que se antepone forzosamente al conocimiento empírico de la vida de comunidades concretas. El esquema de la transición demográfica, por ejemplo, alcanza ya una formulación en cuatro modalidades distintas, a propuesta de David Reher.<sup>11</sup> La versión de la transición epidemiológica como proceso en tres etapas se modificó con el postulado de una cuarta etapa por Olshansky y Ault en 1986 y aún una quinta para incluir los efectos del Sida (Olshansky et al., 1998). Más recientemente Vallin y Meslé han reinterpretado la teoría de la transición epidemiológica de Omran en una nuevas tres etapas, incluyendo aspectos como la reducción del impacto de las enfermedades cardiovasculares y el alargamiento de la senectud<sup>12</sup>. Numerosos estudios realizados desde los años setenta concluyen encontrando una profunda desigualdad en el devenir de estos cambios entre grupos sociales y entre regiones geográficas, más allá del esquemático reparto en modelos definidos. Por otro lado, y en consonancia con la modificación de criterios de los estudios sobre el desarrollo, donde ha aparecido el concepto de capital humano, ciertos economistas sienten la necesidad de conectar con la biología por un lado y con los aspectos socioculturales por otro (véase la presentación de la revista *Economics and Human Biology*, promovida por J. Komlos, dedicada a «explorar los efectos de los procesos socioeconómicos sobre los seres humanos en tanto que organismos biológicos»). Los demógrafos adscritos a Facultades de Economía o Ciencias Empresariales como los que contribuyen en este libro están en buena disposición para acometer estas

---

<sup>11</sup> Reher, D.S., «The demographic transition revisited as a global process». *Popul Space Place*, 2004; 10:19-41.

<sup>12</sup> Vallin, J. & Meslé, F., «Convergences and divergences in mortality. A new approach to health transition. Demographic Res. 2004», *Special Collection 2(2)*:1-44, en: [www.demographic-research.org](http://www.demographic-research.org)

tareas y no se hace extraño que varios de ellos (Breschi, Fornasin, Pozzi) colaboren en la mesa dedicada a la aparición de diferenciales socioeconómicos en mortalidad, siglos XVIII a XX, del próximo Congreso mundial de historia económica (Utrecht, 2009).

Así pues, el libro lo podemos considerar una pertinente respuesta al reclamo por el estudio del caso concreto en su contexto concreto, mucho más cercano a la preocupación fundamental de la historia que a la aspiración científicosocial por la teoría, sin que esto implique menosprecio. Por otro lado, es posible toparse con los límites del empirismo cuando, en los capítulos 5 y 6, sendos estudios realizados sobre la documentación de reconocimiento médico de los quintos, nos encontramos con que las clasificaciones de los problemas de salud empleadas por los autores son distintas y de difícil traducción a efectos comparativos.

La impresión es correcta y la encuadernación, amable. La diversidad de autores se acompaña de una no menor diversidad estilística, aunque las convenciones de la demografía se guardan de forma adecuada, a mi entender, en los capítulos más cuantitativos. Se echa a faltar, no obstante, un índice de materias y un apartado de bibliografía que hubiera sido de mucha ayuda para los interesados pero no necesariamente expertos en la demografía histórica de Italia.

*Esteban Rodríguez Ocaña*

AGIRREAZKUENAGA, J.; ALONSO, E.; GRACIA, J.; MARTÍNEZ, F. y URQUIJO, M. (dirs.): *Diccionario biográfico de los parlamentarios de Vasconia (1876-1939)*, Eusko Legebiltzarra-Parlamento Vasco, Bilbao, 2007, 3 vols.

Desde que en 1993 vio la luz el *Diccionario biográfico de los Parlamentarios de Vasconia 1808-1876*, se puso de manifiesto que en la U.P.V-E.H.U. había un ambicioso y riguroso proyecto de prosopografía política. Mirando hacia el País Vasco y sus representantes en las Cortes españolas, comenzaba una exhaustiva labor de recuperación del personal político que no se detuvo en la alta esfera de las cámaras españolas. La tarea, diseñada, dirigida e impulsada en distintas fases por los profesores Joseba Agirreazkuenaga y Mikel Urquijo, se fue aproximando progresivamente a la complejidad de los ámbitos de la representación y de la acción política vasca ampliando su campo de interés a otros niveles del poder.

Así lo ponían de manifiesto el *Diccionario biográfico de los Diputados Generales, burócratas y patricios de Bizkaia* (1995) y el *Diccionario biográfico de los Diputados Generales, Consultores y Secretarios de Gobierno de Álava (1800-1876)* (2004) que se adentraban en el intrincado mundo de las instituciones provinciales, donde tan importante resulta conocer el perfil de sus individuos para

comprender su verdadero poder y significación. En 2002, con la aparición del primer volumen de *Bilbao desde sus alcaldes*, el correspondiente al período 1836-1901, la atención se dirigía también al plano de la política municipal cuyos protagonistas han sido siempre, incluso en ciudades de importancia, unos verdaderos desconocidos.

La dimensión del proyecto ha ido desarrollándose simultáneamente en tres planos: el de la teoría, el de la erudición y el de la historia. En el primero de ellos, el de la teoría, se ha inspirado en los grandes proyectos de diccionarios nacionales de políticos que en otras historiografías europeas, con mayor tradición en los estudios biográficos, llevan recorridas algunas décadas de adelanto. La búsqueda de sólidas referencias internacionales ha permitido elaborar un modelo de diccionario biográfico y desarrollar criterios propios que hagan posible alojar en él las vidas de los políticos estudiados puestas en relación con las instancias de poder a las que se hallaron vinculados.

Como proyecto erudito se asienta sobre una rigurosa metodología. Comienza ésta por establecer unos criterios de selección de los personajes biografiados y el tratamiento de la información a través de fichas que hacen posible un resultado homogéneo. Para combatir las cadenas de errores, el tratamiento de las fuentes adquiere un papel central, trabajando, no solo con las fuentes bibliográficas habituales, como los repertorios biográficos y la monografías sobre los personajes, sino, fundamentalmente, verificando y ampliando la información mediante el trabajo en archivos públicos y privados y con fuentes hemerográficas. El resultado es una voz redactada —no mero acopio de información— donde, mediante el conocimiento de los orígenes familiares, el proceso de instrucción seguido y su situación patrimonial, se aborda el estudio de la faceta política del biografiado.

En el plano de la historia este proyecto se define como una red de referencias biográficas integradas en diversos ámbitos geográficos y espacios político-institucionales que crean una retícula cuyas cuadrículas están cada vez más completas. La relación entre lo individual y lo institucional convierte en este caso al diccionario en instrumento indispensable para el conocimiento de la política en el pasado, tanto en relación a los periodos, como al sistema o al espacio geográfico. Todo ello, sin olvidar el interés que surge del conocimiento de los políticos a partir de su lugar de extracción, lo que proporciona una perspectiva novedosa y muy ilustrativa de su realidad como élite.

El *Diccionario biográfico de los parlamentarios de Vasconia (1876-1939)* que acaba de aparecer en tres gruesos volúmenes es el resultado más maduro de este proyecto prosopográfico concebido en torno al País Vasco y Navarra. El equipo, dirigido por Joseba Agirreazkuenaga e integrado por un cualificado grupo de profesores e investigadores como Eduardo Alonso, Gregorio Castaño, Josu Chueca, Ander Delgado, Juan Gracia Cárcamo, Fernando Martínez Rueda, Jon Penche, José Antonio Pérez Pérez, Carlos Rilova, Susana Serrano y Mikel Urquijo, analiza la trayectoria política de 317 diputados y senadores en un período

que se extiende entre 1876 y 1939, es decir, desde la convocatoria constituyente que sancionaba el retorno de los borbones al trono de España tras el Sexenio revolucionario, hasta la destrucción de la fórmula parlamentaria con el triunfo en la Guerra Civil del bando sublevado contra la República. Durante este período tuvieron lugar 24 elecciones y la representación se estableció a partir de dos marcos institucionales tan diferentes como lo fueron el sistema monárquico liberal de la Restauración y la república democrática de 1931. Entre ambos, se sitúa, como una quiebra que preludiaba nuevas alteraciones de los sistemas representativos, el paréntesis que supone la Dictadura de Primo de Rivera.

Durante este tiempo los diputados dejaron de ser elegidos por una élite de contribuyentes para serlo por todos varones mayores de 25 años. Por su parte, los senadores, con su variada tipología, solo existieron hasta 1923, porque el sistema republicano fue concebido como unicameral. Además, la situación cambió sustancialmente a partir de 1931. El cuerpo electoral se fue ampliando, reduciendo dos años la edad de los electores, primero, y reconociendo, más tarde, el derecho de voto para las mujeres, lo que no siempre significó la incorporación femenina al parlamento, y la desaparición de los distritos uninominales acabaron con numerosas prácticas caciquiles e introdujeron mayor proporcionalidad en la representación. La obra, sin embargo, trasciende las fronteras cronológicas y geográficas en biografías como la del que fue presidente del Gobierno Vasco, José Antonio Aguirre Lecube o del lendakari Jesús María de Leizaola, llevando su interés hasta el exilio y más allá del año 1939.

El *Diccionario biográfico de los parlamentarios de Vasconia (1876-1939)* es un alarde en muchos aspectos. De un lado porque pone de manifiesto las posibilidades del trabajo en equipo en torno a un proyecto bien concebido y desarrollado de forma rigurosa. En segundo lugar porque coloca en manos del historiador contemporáneo un instrumento valioso y necesario para la fundamentación de obras en muy diversos campos. Y finalmente porque la evidencia material de estos tres volúmenes contiene una defensa de lo biográfico como pieza fundamental en la construcción histórica, es decir, un replanteamiento del papel individual jugado por los sujetos políticos dentro del desarrollo institucional y social.

Esta puede ser, como Izaskun Bilbao afirma en el prólogo, una obra importante para la «memoria colectiva del país», pero, sobre todo, el diálogo de estas 2.834 páginas se establece con la historia, porque históricas son sus bases, históricas sus metodologías e históricos los marcos teóricos de referencia sobre los que se asienta. Tal vez la solidez histórica de una obra como el *Diccionario biográfico de los parlamentarios de Vasconia (1876-1939)* sea la base más adecuada para la mejor de las memorias posibles.

Pedro Rújula